


# UN NAUFRAGO EN EL SIGLO XXX

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION




# UN NAUFRAGO EN EL SIGLO XXX

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — *La pirámide de oro.* Joseph Berna.
2. — *Amigos de otro mundo.* Glenn Parrish.
3. — *Necrosis programada.* Curtis Garland.
4. — *La leyenda de Hapahoni,* Kelltom Mclntire.
5. — *Un náufrago en el siglo xxx,* Glenn Parrish.

GLENN PARRISH

# UN

# NAUFRAGO

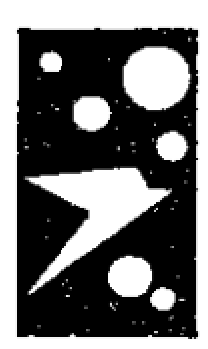
# EN EL SIGLO

# XXX

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 650

Publicación semanal



**EDITORIAL BRLGUERA, S. A.**

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525 0

Depósito legal: E. 38.309-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1983

2.a edición en América: julio. 1983



Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

**Todos los personajes y**

**entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

# CAPÍTULO PRIMERO

La nave se estremeció súbitamente, saliendo de su plácido estatismo, sin previo aviso, por lo que todo el mundo, incluido el capitán, Marty Burns, resultó absolutamente sorprendido. Toda la estructura crujió horriblemente, de proa a popa, y se oyeron algunos ruidos nada tranquilizadores.

Burns corrió inmediatamente hacia el puente de mando. Después de aquella tremenda sacudida, la nave parecía haber recobrado su estabilidad de vuelo espacial. Burns, sin embargo, se dio cuenta de que algo no marchaba bien.

Ocupó su puesto en un santiamén y lanzó una rápida ojeada a los instrumentos de control. A su lado, el oficial de guardia parecía completamente desconcertado.

—No entiendo lo que ha pasado, señor —dijo—. Todo parecía ir bien y, de repente, la nave se puso a saltar...

Con el ceño fruncido, Burns contempló el negro espacio que se veía a través de los amplios ventanales de proa. Todo parecía normal, pero un vago sentimiento de alarma le decía que se hallaban a punto de entrar en una crítica situación.

Pulsó una tecla y una pantalla se iluminó en el acto. Un par de segundos más tarde, Burns lanzó una sonora interjección.

La culpa era suya, se dijo. El oficial de guardia había sido contratado para aquel viaje. Era un novato y no debía haber confiado tanto en él.

De repente, las estrellas oscilaron.

A Burns le pareció que las veía a través de una capa líquida en movimiento. Millares de soles iniciaron una frenética danza delante de

la *Golden Oak,* como si fueran minúsculas lucecitas en manos de miles de individuos borrachos.

— ¡El Universo se ha vuelto loco! —gritó el oficial.

—No —contestó Burns ceñudamente—. Estamos a punto de entrar en los Torbellinos de Rut-Vlank.

—Y eso, ¿es peligroso, señor?

—Dé la alarma general —ordenó Burns—. Todos deben sujetarse…

No pudo proseguir. Un tremendo estrépito cortó sus palabras bruscamente.

Horribles crujidos se oyeron en toda la estructura de la nave. Sonaban gritos en todas partes. Burns accionó el mando de los arneses de seguridad, que funcionó inmediatamente, sujetándolo a su sillón con firmeza.

— ¡Átese, estúpido! —gritó al oficial.

De repente, se oyó un espantoso fragor.

En alguna parte, algo se había roto. Sonaron unos breves gritos de agonía y Burns comprendió que habían muerto varios tripulantes.

El peligro era inminente. La nave ya no tenía salvación.

Por unos momentos, Burns pensó hallarse a lomos de un caballo salvaje, tan fuertes eran las sacudidas que sufría en su asiento. Bruscamente, creyó que la *Golden Oak* iniciaba un veloz descenso hacia los abismos, como si estuviese en la atmósfera de la Tierra y hubiese perdido de repente su capacidad de sustentación.

Un horripilante alarido sonó a su lado. El oficial empezó a subir, arrancado a un asiento al que no había tenido tiempo de atarse. Burns alargó una mano para agarrarle, pero lo único que consiguió fue arrancarle un trozo de tela de sus pantalones.

El oficial continuó su ascenso y chocó contra el techo, en donde fue aplastado por la tremenda aceleración. Burns sintió una espantosa opresión en todo el cuerpo.

La desviación orbital era patente. La acción de aquellos misteriosos remolinos espaciales resultaba irresistible.

Algo pasó de pronto por delante de sus ojos. Burns, estupefacto, vio que era parte de la estructura de popa, con los motores, separada del resto de la nave por alguna fuerza irresistible. Por un instante, creyó que se iba a producir la colisión, pero, de pronto, el descenso se detuvo y la proa empezó a ascender de nuevo.

El cuerpo del oficial, horriblemente deformado, convertido en una figura irreconocible, cayó al suelo. Burns vio delante de sí unas estrías blancas que se habían formado en el vidrio de las lucernas.

Era evidente que las fuerzas que actuaban sobre la nave no podían ser contrarrestadas de ninguna forma. Delante de él, las estrellas seguían danzando frenéticamente.

Podía darse por perdido, pero un último instinto de supervivencia le hizo accionar el mando de la burbuja de salvamento. Era una acción desesperada, la única posible, sin embargo, en aquellas terribles circunstancias.

Los cristales estallaron. La nave se abrió como una fruta madura y Burns fue lanzado al exterior.

Durante una fracción de segundo, sintió el terrible frío espacial, pero el mecanismo de salvamento funcionó a la perfección y en el medio segundo siguiente se vio consoladora-mente envuelto por la burbuja que le proporcionaría aire y calor durante un cierto período de tiempo. Debajo de él había un pequeño motor, que funcionó inmediatamente, alejándose con gran rapidez de los restos de la nave que se desintegraba a ojos vistas.

Mientras la burbuja se alejaba a toda velocidad, Burns pudo ver los fragmentos de la *Golden Oak,* literalmente convertida en un montón de astillas metálicas. Luego, la esfera en la que se hallaba empezó a agitarse horriblemente.

«Ni siquiera esto me va a salvar», se dijo.

La burbuja iba y venía de un lado para otro, como si flotase en un océano embravecido. Burns creyó ver a las estrellas reuniéndose en un mismo punto, hacia el cual era lanzado inexorablemente, como si fuese una polilla precipitándose hacia la llama que sería su destrucción.

Y, de pronto, le pareció que el universo entero estallaba en una colosal explosión. Todos los soles explotaron al mismo tiempo y se produjo una llamarada infinita, que empezó siendo de color rojo

oscuro y acabó en el blanco cegador.

«El Universo ha ardido», pensó Burns.

Y eso fue lo último que vio antes de sumergirse en aquel sol que era el conjunto y la suma de todos los soles de la galaxia.

* * *

Despertó súbitamente y se encontró tendido en el suelo. Tras algunos segundos de torpeza mental y física, consiguió sentarse.

Maquinalmente, se palpó los miembros de su cuerpo. No parecía tener ningún hueso roto.

Luego miró a su alrededor. Enormemente asombrado, pudo ver que se hallaba en algún planeta, con atmósfera respirable, puesto que estaba al descubierto, sin la protección de la burbuja. Vio cielo azul, nubes blancas y árboles y hierba verde, y se preguntó si había vuelto a su planeta de origen.

Pasados unos momentos, se puso en pie. Flexionó las piernas y vio que podía moverse sin dificultades.

—Al menos, he salvado el pellejo —murmuró.

Que no era poco, agregó para sí, aunque no podía por menos que lamentar la pérdida de la *Golden Oak,* su nave y toda su fortuna. Dondequiera estuviese ahora, pensó, se había quedado literalmente con lo puesto.

Pero era joven, poco más de treinta años, y habiendo salvado la vida, lo demás tenía menos importancia. Al mirar a su alrededor, pudo comprobar que se hallaba en un paraje completamente desierto, sin la menor señal de seres vivientes.

Quizá había llegado a un planeta deshabitado, aunque no acababa de comprender cómo se había podido producir tal acontecimiento. Menos de una hora antes, estaba en el espacio, luchando para salvar su nave. Ahora, en cambio, se encontraba sobre

la superficie de un mundo que parecía perfectamente habitable, pero que le resultaba absolutamente desconocido.

Decidió que debía moverse, buscar algún signo de vida humana. No podía permanecer siempre en el mismo sitio.

Esperar allí un socorro que tal vez no llegase nunca, era estúpido. Satisfecho por hallarse en perfectas condiciones físicas, empezó a revisar el equipo de salvamento.

La burbuja disponía de elementos para la supervivencia en difíciles condiciones, durante un cierto tiempo. Burns cargó una mochila con alimentos deshidratados y una cantimplora con cinco litros de agua. De todas formas, se dijo, si había árboles y hierba, también encontraría agua en alguna parte.

En el equipo había también un cuchillo de caza, que colgó de la cintura. El rifle estaba en piezas y lo montó, colgándoselo del hombro. Pendiente del cinturón, llevaría una cartuchera con cincuenta disparos.

Lo último que le quedaba era una bolsa que contenía una tienda de campaña y un saco de dormir, hechos de un tejido tan fino, que casi cabían en la palma de la mano. En cuanto a su indumentaria, consistía en una camisa, pantalones y botas, prendas que llevaba puestas en el momento de la catástrofe.

Inmediatamente, echó a andar. No tenía preferencia hacia ninguna dirección en particular, pero, a juzgar por la posición del sol que alumbraba y daba calor a aquel planeta y que se hallaba en un punto próximo al meridiano, lo más sensato era viajar hacia el sur.

Burns conocía muchos planetas. En la mayoría de ellos, la gente vivía en lugares cálidos y confortables… y estos lugares se hallaban siempre en el sur.

* * *

De pronto, cuando llevaba un par de horas de marcha, vio algo que le hizo parpadear de asombro.

—Bueno, que me aspen si eso no es una cabaña enteramente

terrestre —dijo, al ver la estructura de troncos, situada en el fondo de un pequeño valle rebosante de verdor.

Un arroyo de aguas claras y cristalinas corría por el centro de la vaguada. La cabaña, pensó Burns, significaba vida..., pero, más que vida, inteligencia humana. Humana y terrestre, puntualizó, aunque no creía de ningún modo hallarse en la tierra. Tal vez se trataba de algunos colonos.

Avanzó rápidamente y llegó a la cabaña que, pese a su rusticidad, ofrecía un excelente aspecto. Las ventanas y los postigos estaban cerrados, pero, al dar la vuelta, encontró un porche, en cuyo centro se divisaba la puerta de entrada.

Con gran alivio, vio que la puerta no había sido cerrada con llave. Quienquiera que fuese su dueño, se dijo, parecía haber sabido hacer bien las cosas.

Abrió las ventanas. Al fondo, divisó una gran chimenea de piedra. El hogar parecía limpio, lo que le dijo que hacía tiempo que no se encendía fuego. Vio una cocina y también encontró un pequeño baño y dos dormitorios, adecuadamente equipados.

—No sé si estoy soñando o no, pero me parece que voy a quedarme aquí unos cuantos días.

Tomaría la cabaña como base y exploraría los alrededores, hasta dar con personas vivas que pudieran informarle de su situación. Esperaba que el dueño no se enfadase si acaso llegaba a encontrarle allí.

Descargó el equipaje, fue al baño y se aseó un poco. Luego empezó a pensar en la comida.

Había un frigorífico en la cocina y, con gran asombro, vio que funcionaba. Al abrirlo, encontró que estaba repleto de comida.

—Mi gratitud eterna para el dueño de la casa —dijo sonriendo.

Tenía hambre y empezó a pensar en un jugoso filete con patatas fritas. De pronto, vio algo que llamó extraordinariamente su atención.

Era un calendario, colgado de la pared, en el que se veía una fotografía en colores de una montaña terrestre muy conocida: el Everest. Ya no había duda alguna: el propietario de la casa era un colono que se había traído aquel calendario como recuerdo de tiempos

mejores pasados en la Tierra.

Pero, repentinamente, captó un detalle que le hizo estremecerse de pies a cabeza. El mes que había en la hoja situada bajo la fotografía era el de julio, pero el año era el 2974.

Durante unos segundos, se sintió estupefacto. Luego se dijo que el colono que había construido aquella cabaña tenía un muy desarrollado sentido del humor.

—Mira que decir que estamos en el dos mil novecientos setenta y cuatro —rezongó.

Lo habría creído mucho mejor si el calendario hubiera señalado el año 2.274, que era la época en que él viajaba con la *Golden Oak,* pero ni aun así podía aceptarlo, puesto que la catástrofe se había producido en el 2231.

Allí había un error. No, una broma pesada, rectificó. Aunque podía ver perfectamente que la fecha había sido impresa y no grabada a mano. Pero, claro, también se podía encargar a un impresor...

Repentinamente, una voz le arrancó a sus meditaciones, haciéndole volver a la realidad. En la puerta de la cabaña, alguien exclamó:

— ¿Se puede saber qué hace usted en mi casa?

## CAPÍTULO II

Estupefacto, Burns giró en redondo y divisó a una hermosa muchacha de pelo negro que estaba parada en el umbral. Era alta, de figura muy esbelta, y vestía una sencilla blusa y una falda no

demasiado larga, que le quedaba a unos diez centímetros de unas rodillas de perfectos contornos. Burns calculó que la joven no había cumplido aún los veinticinco años.

Parecía bastante enfadada por la intrusión de un desconocido en su casa. Burns levantó inmediatamente las dos manos.

—Le ruego mil perdones, señora —dijo—. Resulta que me he extraviado y encontré esta cabaña por casualidad... No entré a robar; sólo quería comer un poco...

Ella le contempló con curiosidad.

—Usted no parece de Harabit —manifestó—. Habla nuestro idioma, pero el acento me resulta un tanto extraño.

—Soy de la Tierra, señora, y mi nombre es Martin Burns, aunque todos me llaman Marty. Era el capitán y propietario de la *Golden Oak,* una nave comercial que resultó destruida en una catástrofe, cuyas causas no he podido aún averiguar. Tuve la suerte de salvarme y... bien, después de un buen rato de caminar, avisté esta cabaña...

—Me pertenece —dijo ella secamente—. En cuanto a mi nombre, es Arvinia Zydon. En estos momentos, se encuentra usted en el planeta Harabit, señor Burns.

—Nunca oí ese nombre —confesó el joven—. Bien, puesto que no le agrada mi presencia, me iré inmediatamente de aquí. Sólo le ruego que me indique el camino para llegar a la ciudad más próxima, ya que desconozco el país y no me gustaría perderme.

—La ciudad está a casi cuatrocientos kilómetros. Le costaría bastante llegar a pie.

—No tengo prisa —sonrió Burns—. Con su permiso...

—Espere —rogó Arvinia—. Quiero que me cuente más detalles de lo que le ha sucedido. ¿De veras fue destruida su nave? ¿Qué le pasó?

—Bueno, no es muy largo de contar..., aunque sí le diré que, gracias a la ineptitud de mi oficial de guardia, entramos en los Torbellinos de Rut-Vlank y allí fue Troya..., quiero decir que la nave se desintegró y... Por lo que sé, soy el único superviviente, aunque no me pregunte cómo pude llegar a Harabit, porque ni yo mismo lo sé.

Burns añadió algunos detalles más de la catástrofe. Arvinia le miró con simpatía.

—Siento lo que le ha ocurrido y dispense mi actitud anterior, pero estamos en una época bastante mala en Harabit, ya que ocurren algunas cosas desagradables, que nos tienen gravemente preocupados a todos. Pero he visto que se disponía a prepararse algo de comida... Si me lo permite, yo misma lo haré, capitán.

—Es usted muy amable, señorita Zydon —dijo Burns.

—Llámeme Arvinia, simplemente.

—Gracias. Mi nombre es Marty.

Ella le tendió la mano.

—Encantada, Marty.

—Digo lo mismo, Arvinia —sonrió él.

—Muy bien. ¿Qué iba a comer? Por fortuna, tengo el frigorífico bien provisto...

—Yo había pensado en un buen filete con patatas fritas, Arvinia.

—Perfectamente. Estará dentro de un cuarto de hora. Siéntese, ¿quiere? Le haré también café... Aquí seguimos fielmente las costumbres terrestres, a pesar de que hace más de quinientos años que nuestros antepasados se establecieron en Harabit.

Arvinia había abierto ya la nevera, vuelta de espaldas al joven. Burns oyó las últimas palabras y se sintió estupefacto.

—Dice... que sus antepasados llegaron aquí hace quinientos años...

—Sí, eso es, Marty —contestó ella, mientras se disponía a encender el fuego.

— ¡Pero eso no puede ser! —exclamó Burns—. Sus antepasados tendrían que haber llegado en el siglo dieciocho y entonces no se viajaba siquiera a la Luna.

— ¿Quién dice que vinieron en el siglo dieciocho? La primera expedición llegó aquí en el siglo veinticinco, exactamente, el año dos mil cuatrocientos cincuenta y seis, Marty.

Los ojos de Burns fueron hacia el calendario colgado de la pared. Agónicamente, contempló la fecha impresa sobre la hoja correspondiente al mes de julio. Arvinia no parecía bromear... y si no bromeaba, era que hablaba en serio.

—A... Arvinia... —tartamudeó.

— ¿Sí, Marty?

—Po... por favor..., dígame... en qué fecha estamos... Yo... no me encuentro muy seguro...

— ¿No ve el calendario? Bueno, quizá ha perdido la cuenta de los días, pero hoy es doce de julio de dos mil novecientos setenta y cuatro. Por tanto, los primeros expedicionarios de la Tierra llegaron a Harabit exactamente quinientos dieciocho años.

Arvinia oyó de pronto un sordo estruendo. Alarmada, se volvió y divisó al joven caído en el suelo. — ¡Dios mío, se ha desmayado! —exclamó.

* * *

Una taza de café, con unas gotas de aguardiente casero, acabaron por entonar al joven. Al cabo de unos minutos, Burns sonrió débilmente.

—Ya me encuentro mejor, gracias —dijo, sentado junto a la mesa—. No sé qué me ha ocurrido... De repente, todo dio vueltas delante de mí...

Ella le dirigió una sonrisa de simpatía.

—Marty, no entiendo por qué se extraña tanto de que nos encontremos en el siglo treinta. Aquí seguimos conservando el calendario terrestre, gracias a que Harabit tiene unos períodos de tiempo muy similares a los de la Tierra. Claro que es posible que no haya oído hablar de nosotros, porque hace bastantes años que no tenemos relación con el planeta de nuestros antepasados, pero no hay duda posible: estamos en el año dos mil novecientos setenta y cuatro.

—Arvinia, usted se asombra... de mi asombro. Pero ¿qué diría si

yo le dijese que en el momento de producirse la catástrofe de mi nave estábamos en el siglo veintitrés, concretamente en el año dos mil doscientos treinta y uno? Para ser más exactos, doscientos veinticinco años antes de que los primeros colonos pusieran el pie en Harabit.

Ella, estupefacta, se dejó caer en una silla.

— ¿Es posible? —murmuró, anonadada.

—Como lo oye. Ignoro lo que ha sucedido; aunque pienso que tal vez, la acción de los Torbellinos de Rut-VIank me hayan lanzado a setecientos años en el futuro. De otro modo, no se comprende que me haya convertido en un náufrago en el siglo treinta.

—Estoy segura de que me dice la verdad —declaró la muchacha —. Pero se me antoja increíble estar aquí, hablando, con un hombre que nació siete siglos antes que yo.

—Y para mí es maravilloso estar hablando con una chica a la que le faltan setecientos años para nacer —sonrió Burns.

Arvinia emitió una desvaída sonrisa.

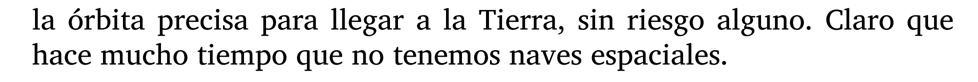
—Es incomprensible, pero real —dijo—. Nosotros hemos oído hablar vagamente de esos remolinos del espacio, pero nunca hemos tenido ocasión de padecer sus efectos. ¿Qué les sucede a las naves que entran en esos horribles parajes?

—La mía resultó literalmente despedazada, por la acción de fuerzas que no alcanzo a entender. Se sabe de muchas otras naves que se perdieron en esa zona del espacio y de las que nunca se volvió a tener noticias. Ahora bien, a tenor de lo que me ha ocurrido a mí, pienso que es muy probable que los remolinos originen una especie de distorsión de los campos temporales y las víctimas son proyectadas al futuro. Por supuesto, quienes consiguen salvarse.

—Usted, afortunadamente. Naufragó en el siglo veintitrés y ha llegado al siglo treinta, Claro que aquí está entre amigos y eso no debe preocuparle, a menos que haya dejado atrás familia y amistades...

—Murieron hace setecientos años --dijo Burns tristemente—, y yo, sin mi nave, dudo mucho de poder volver a la Tierra y a mi época, aunque no sé si me arriesgaría a pasar por los remolinos en una segunda ocasión.

—Bueno, lo difícil está en la nave. Aquí se conoce perfectamente


la órbita precisa para llegar a la Tierra, sin riesgo alguno. Claro que hace mucho tiempo que no tenemos naves espaciales.

— ¿Por qué? —preguntó él, intrigado.

—Fueron destruidas, para que no pudiéramos salir de Harabit y pedir socorro a la Tierra.

Burns miró a la muchacha, extrañado.

—Eso parece obra de unos enemigos...

—Sí, los piratas de Harndor.

— ¿Piratas? —repitió el, estupefacto.

Arvinia se puso repentinamente en pie.

—Voy a prepararle algo de comer —anunció.

—Espere un momento —pidió el joven- . ¿.Por qué no me cuenta algo más sobre esos piratas?

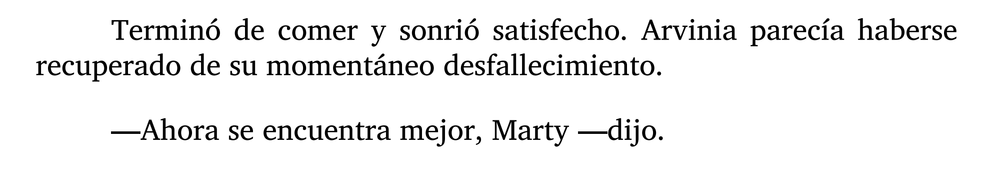
—Hay muy poco que contar -respondió ella, mientras ponía la sartén al fuego—. De cuando en cuando, vienen aquí, nos roban, se llevan a los prisioneros que se les antoja... y si alguien protesta, lo matan despiadadamente.

—Y ustedes... ¿no luchan?

—No tenemos armas. Ellos nos las quitaron todas y nos prohibieron fabricar unas nuevas. Realmente, puede decirse que somos esclavos de esos bárbaros y que seguiremos siéndolo mientras vivamos.

El acento de Arvinia expresaba una desesperación infinita y Burns no pudo por menos de sentir compasión hacia la muchacha. Pero se dijo que las palabras en aquellos momentos no servirían de nada y prefirió callar por el momento.

* * *


Terminó de comer y sonrió satisfecho. Arvinia parecía haberse recuperado de su momentáneo desfallecimiento.

—Ahora se encuentra mejor, Marty —dijo.

—Estupendamente —contestó él—. Oiga, ¿cómo tiene usted esta cabaña aquí?

—La construyó mi padre. Le gustaba venir de cuando en cuando a pasar unos días en el campo. Era muy aficionado a la pesca y el río abunda en peces de todas clases. En cuanto a mí, vengo en ocasiones para pasarme una temporada de meditación.

Burns arqueó las cejas.

— ¿Meditación? —preguntó.

—Sí. Yo y unos cuantos más harabitas poseemos ciertas facultades extrasensoriales, que nos permiten especular sobre el futuro. Por supuesto, no somos unos seres superiores; simplemente, tenemos la mente algo más desarrollada que el común de las gentes. Pero tratamos de aprovecharlo en beneficio de Harabit.

— ¿Qué beneficios esperan obtener, Arvinia?

—Buscamos la solución hace muchos años, aunque no hemos conseguido dar con ella todavía. En resumen, tratamos de acabar de una vez por todas con los piratas de Harndor.

— ¿Y sólo pensando creen que conseguirán derrotarlos? —dijo él, estupefacto.

—No me ha entendido bien, Marty. Pensando, daremos con la solución. Por desgracia, la mente sola no es suficiente y tendremos que recurrir a las armas..., si es que un día podemos construirlas.

—Ellos no les dejan, ¿verdad?

—En absoluto. Todo lo que pasa de un cuchillo de cocina es confiscado inmediatamente y su poseedor ejecutado en el acto.

—Bonito panorama —masculló el joven—. ¿Dónde está Harndor, Arvinia?

—Nadie lo sabe. De repente, ellos aparecen sin saber cómo, llegan a la ciudad, lo registran todo, saquean lo que les apetece y se llevan prisioneros para que trabajen en... sus minas, supongo.

—Es lo que hacían antiguamente los mercaderes de esclavos en la Tierra —dijo él—. ¿Qué clase de armas usan esos piratas?

—Fusiles de luz sólida. La muerte es instantánea cuando se recibe una descarga —respondió Arvinia—. Pero también tienen armas mucho más poderosas. Hace doce años, destruyeron enteramente la ciudad de Shyghor. Sus habitantes, hartos de las depredaciones de los piratas, decidieron defenderse. Fabricaron armas en secreto y cuando desembarcó un contingente de esos salvajes, los aniquilaron por completo. Creyeron que los demás lo tomarían como un escarmiento, pero se equivocaban. Unos días después, una nave harndoriana lanzó una potente bomba sobre la ciudad. No quedó un alma viviente. Shyghor es ahora un montón de ruinas ennegrecidas, que se van cubriendo de polvo lentamente.

Burns se sintió horrorizado al escuchar aquel relato. ¿Qué clase de seres habitaban en Harndor, capaces de arrasar una ciudad entera y a sus habitantes, sólo para demostrar a los demás harabitas que era inútil toda tentativa de rebeldía contra su feroz opresión?

—Arvinia, me gustaría ayudarles... —dijo pasados unos momentos de silencio.

—No hay nada que hacer, Marty —contestó ella resignadamente —. Es imposible luchar contra alguien que es infinitamente más fuerte que nosotros.

Burns se dispuso a decir que no había enemigo pequeño, pero, de pronto, vio una expresión de sobresalto en el rostro de la joven. Arvinia tenía la mirada fija en una de las ventanas y parecía que estaba viendo algo nada agradable.

— ¡Viene alguien, Marty! —exclamó la muchacha.

## CAPÍTULO III

Burns se levantó de un salto y corrió hacia la ventana. Una pequeña nave, en forma de disco lenticular, descendía suavemente de las alturas y se disponía a tomar tierra a unos cien metros de la cabaña. Mucho más cerca, estaba el vehículo que Arvinia había empleado para llegar hasta allí.

La nave tomó tierra. Se abrió una escotilla y una escalera se desplegó automáticamente. Dos hombres, vestidos con unos aparatosos ropajes rojos y verdes, y armados con lo que parecían unas pistolas de tamaño descomunal, descendieron de la nave en el acto.

Una mujer se asomó a la escotilla.

—Está ahí —dijo—. Traedla a bordo inmediatamente, pero, si se resiste, no uséis contemplaciones con ella.

—Muy bien, señora —contestó uno de los sujetos.

—Piratas de Harndor —dijo la muchacha.

—Parece que vienen a buscarte —observó Burns—. ¿Piensas resistirte?

—No me gustaría ir a Harndor —respondió Arvinia. —No irás a Harndor —aseguró él. Corrió hacia su equipaje, buscó el rifle y lo cargó rápidamente. Luego se situó junto a la puerta. —Déjalos que entren —ordenó.

Ella, muy pálida, asintió. Transcurrieron algunos segundos.

Sonaron unos pasos en la veranda. La puerta se abrió de golpe.

—Ah, aquí está la pensadora —dijo burlonamente uno de los piratas.

—Chica, ven con nosotros —añadió el otro. Los dos sujetos avanzaron un par de pasos. Entonces, Burns, de una patada, cerró la puerta. —Ella no irá con ustedes —dijo.

La sorpresa de los piratas fue enorme y empezaron a volverse al mismo tiempo. El primero que había hablado se echó a reír.

—Mira, la pensadora tiene compañía —dijo.

—Debe de gustarle hacer algo más divertido que pensar —agregó el otro—. Bueno, como de éste no nos han dicho nada, acabaremos con él…

Empezó a sacar su pistola, pero no tuvo tiempo de completar el gesto. El rifle de Burns emitió dos rápidos estampidos.

El pirata dio un salto tremendo y cayó al suelo. Su compañero, desesperadamente, trató de desenfundar el arma, pero Burns fue de nuevo más veloz y lo fulmino con un solo disparo que le destrozó el cráneo.

Inmediatamente, Burns abrió la puerta. Su rifle era anticuado en comparación con aquellas armas modernísimas y había hecho ruido. Si había más tripulantes en la nave, tendría que acabar con ellos.

La mujer estaba en la escotilla. Era evidente que había escuchado los disparos, porque ya tenía el arma en la mano y disparó al ver a Burns aparecer en el umbral. El joven hizo fuego inmediatamente.

Ella se tambaleó y disparó de nuevo. Entonces, Burns observó algo extraño, pero había apretado de nuevo el gatillo y la mujer pirata se inclinó hacia adelante, rodando por las escalerillas, hasta quedar inmóvil al pie de su nave.

Los ecos de los disparos se disiparon de nuevo. Burns quedó unos momentos en la misma posición, sin moverse de su sitio. Quizá había más piratas a bordo de la nave.

Pero no se asomó nadie más. Lentamente, con grandes precauciones, caminó hacia el aparato y penetró en el interior.

No había más piratas. Burns apreció que la nave, al menos en apariencia, era de construcción muy sencilla. Pero seguramente disponía de perfectísimos ordenadores que hacían prácticamente todas las operaciones. Su manejo, estimó, debía de ser muy sencillo.

—Cuando se conoce, claro, porque ahora...

Todos los instrumentos y aparatos eran nuevos para él. Se sintió frustrado, porque, pese a su aparente simplicidad, no se sentía capaz de manejar la nave.

Volvió al exterior. Arvinia estaba en la puerta de la cabaña.

—No hay nadie más —informó él.

La expresión de preocupación no desapareció, sin embargo, del hermoso rostro de la joven. Cuando Burns se le acercó, dijo:

—Echarán en falta a estos piratas y tomarán represalias.

—Es posible, aunque también podemos engañarlos —contestó él—. ¿Tú sabrías manejar la nave?

—No lo haría del todo mal, aunque, ¿adónde quieres ir a parar, Marty?

—Te lo diré en seguida. Lo primero que debemos hacer es colocar los cadáveres dentro del aparato. Yo me ocuparé de ello.

Burns transportó sucesivamente los cuerpos de los piratas. Luego metió el cadáver de la mujer que, apreció, había sido bastante guapa, aunque no una jovencita precisamente. Cuando terminó, llamó a la muchacha.

Arvinia entró en la nave. Burns le señaló el cuadro de instrumentos y le dio ciertas Instrucciones.

—Comprendo —dijo ella—. Creo que podré conseguirlo, Marty.

Tocó un par de teclas y vio que se encendían sendas lamparitas.

Luego tomó un micrófono y se lo acercó a los labios, para hablar, modulando las palabras lentamente, de modo que resultaran absolutamente inteligibles:

—Despegue dentro de sesenta segundos a partir del momento que dé la orden. Elevación hasta setenta y cinco kilómetros, vuelo de doscientos cincuenta rumbo ciento noventa y cinco grados. Paralización motores al finalizar el recorrido. Eso es todo. ¡Despegue!

Inmediatamente, Arvinia echó a correr hacia la escotilla. Burns no se quedó atrás. Una vez en el exterior, ella explicó:

—He grabado esas coordenadas en los mecanismos de la nave, a fin de conseguir que se hunda en el océano Pacífico de Harabit, le dieron ese nombre en honor del Pacífico terrestre, ¿comprendes?

—Si se hunde, no podrán rescatar la nave.

—Probablemente, estallará al impacto con la superficie, pero no te preocupes; el Pacífico de este planeta tiene allí una profundidad de diecisiete mil metros. Y los piratas de Harndor no se distinguen precisamente por su afición a la navegación submarina.

—Eso está bien pensado —elogió él—. ¿Habrá alguna nave nodriza en el espacio?

—Posiblemente, pero cuando noten su falta, será ya demasiado tarde. Además, ni siquiera sabrán que hemos sido nosotros. Tú, mejor dicho, y no te acuso porque hayas tenido que matar a tres piratas.

—Uno de los cuales era una mujer —dijo Burns pensativamente —. Por lo visto, la discriminación de sexos entre los piratas no existe.

—El segundo jefe es una mujer, peor aún que el capitán de todos ellos —dijo Arvinia.

—Bien, eso de momento no importa demasiado. Ahora tengo que hacerte un par de observaciones. La primera de ellas es que, si lo hubiera sabido, habríamos podido capturar a la mujer.

—Imposible. Ella no se habría dejado atrapar.

—Te equivocas. Yo ya la había herido y disparé de nuevo cuando vi que ella se disponía a seguir luchando. Pero me precipité un poco, porque reparé demasiado tarde en un detalle peculiar: las pistolas de luz sólida no alcanzan a cien metros de distancia. ¿No viste

el rayo que se interrumpía bruscamente a unos veinte pasos de la cabaña?

—Sí, es cierto, pero, a pesar de todo, siguen siendo unas armas terribles.

—Se podrían construir armas que llegasen más lejos. Mi rifle es viejo de setecientos años, pero no fallé. De todos modos, ya hablaremos de este asunto en mejor ocasión. Ahora quiero que repares en otro detalle, muy importante. Vinieron directamente a por ti.

— ¿Cómo? —se asombró ella.

—Pudiste escucharlo con toda claridad. Te llamaron pensadora. Eso significa que sabían que habías venido aquí para meditar.

—Sí, ahora lo recuerdo, aunque no veo la importancia por ninguna parte, Marty.

—Permíteme que te contradiga. Si esos piratas vinieron a buscarte directamente, es que sabían que estabas aquí, sabían que habías venido para pensar... y eso significa que entre vosotros hay un traidor que se beneficia de la actual situación.

Arvinia calló, muy pálida, porque sabía que el joven tenía razón. Los dos se contemplaron fijamente durante unos segundos. Luego, ella dijo:

—Si vinieron a buscarme a mí, es muy posible que otros piratas hayan ido a buscar a los demás pensadores. Precisamente, hoy se nos ordenó tomarnos unos días de retiro para buscar soluciones.

— ¿Cuántos sois en total?

—Una veintena, aproximadamente. Cada uno está en un lugar distinto, solitario...

—Ellos no habrán tenido tanta suerte como tú —dijo Burns sombríamente—. Arvinia, ¿no tienes nadie a quien avisar de lo que sucede?

—Sí, desde luego. El coordinador de Defensa, Orestes Rugg. El fue precisamente quien dio las órdenes para que nos retirásemos a meditar. De momento, no se me ocurre ningún otro nombre...

La mano de Burns se tendió hacia el vehículo que había

utilizado la muchacha para llegar hasta la cabaña. Era una especie de torpedo, con dos asientos en tándem, de unos cinco metros de largo, por uno y medio de diámetro y con una pequeña cúpula transparente que protegía a sus ocupantes.

—Será mejor que vayamos a ver a Rugg —dijo.

* * *

Desde la ventana de la habitación en que se encontraba, Burns contempló el movimiento de las gentes de la capital harabita. Era una ciudad grande, de amplias avenidas y edificios bajos, de construcción muy sencilla, aunque elegante, ninguno de los cuales, sin embargo, rebasaba las tres plantas.

La atmósfera poseía una pureza y una transparencia realmente excepcionales. En Harabit, pensó Burns, se desconocía lo que era contaminación ambiental. Todos los mecanismos, incluso los más sencillos, funcionaban por energía solar, que se podía acumular en pequeñas pero potentes baterías, que actuaban durante las horas nocturnas. El grado de civilización de las gentes de Harabit era realmente increíble, pero, se dijo el joven, no habían sido capaces de crear los mecanismos de defensa contra unos salvajes expoliadores, que los oprimían con una crueldad que más parecía propia de épocas medievales, pese a las armas e instrumentos creados en el siglo XXX.

—Adonde me ha llevado mi naufragio —murmuró Burns sarcásticamente—. De repente, en unos pocos segundos, he recorrido siete siglos y ahora me encuentro entre unas gentes cuyos antepasados llegaron aquí hace medio milenio.

En el siglo XXIII, siguió sus pensamientos, no se había oído hablar siquiera de Harabit y mucho menos de Harndor y sus piratas. Si un día podía volver a su época, se dijo, tendría muchas cosas que contar.

—Por fortuna, no he naufragado precisamente en una isla desierta —sonrió para sí.

Habían llegado ya tarde al apartamento que Arvinia poseía en uno de los barrios periféricos de la ciudad. Después de cenar y descansar durante toda la noche, ella había salido por la mañana para

entrevistarse con el coordinador Rugg.

Era ya mediodía y no daba señales de volver. Burns empezó a pensar en prepararse algo de comida.

De repente, oyó el ruido de la puerta que se abría. Volvióse en redondo y divisó a Arvinia, quien llegaba acompañada por un hombre joven, aunque algunos años mayor que él.

—Hola, Marty —saludó la muchacha—. Te presento a

Tibbo Orrel, secretario personal del coordinador de Defensa. Tibbo, éste es el capitán Burns.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Burns miró a la muchacha.

—Creí que vendría Rugg...

—Está ocupado y ha delegado en Tibbo para que tome las decisiones que estime oportunas —respondió ella.

—Muy bien. Supongo que le habrás explicado cómo está la situación, ¿no es cierto?

—Lo sabemos todo —manifestó Orrel—. Pero hay más: todos los pensadores han sido capturados. Varios de ellos intentaron resistirse y fueron asesinados implacablemente. Sólo ha sobrevivido Arvinia, capitán.

—Los piratas no pierden tiempo, parece —comentó el joven cáusticamente—. Bien, Tibbo, ¿qué decisión piensan adoptar ustedes?

Orrel se encogió de hombros.

—Ninguna —repuso—. ¿Qué podemos hacer? Ellos son infinitamente más fuertes...

Burns se indignó ante lo que estimaba ovejuna resignación y estuvo a punto de lanzar unos violentos apostrofes al hombre que no daba muestras de reaccionar ante los crímenes de los piratas de Harndor. Sin embargo, logró contenerse y mantuvo la serenidad.

—Tibbo, ¿le ha dicho Arvinia que es muy posible que haya un traidor entre ustedes?

—Sí, aunque no me imagino quién pueda ser. Por otra parte,

¿qué beneficios obtendría ese traidor, al secundar las acciones de los piratas?

—No lo sé. Yo desconozco las costumbres actuales de los harabitas. Pero en el fondo de toda traición, hay siempre una ambición de dinero, de poder o de ambas cosas a la vez. La ciudad, pese a las expoliaciones de los piratas, parece muy próspera. Hay industrias y comercio, ¿verdad?

—Desde luego. En eso nos diferenciamos poco de los antepasados terrestres —respondió Orrel.

—Si hay industria y comercio, se necesita algo tan imprescindible como es el dinero. ¿Cuál es su unidad monetaria?

—El «garant», dividido en fracciones de cien centésimos y con múltiplos de diez, cincuenta, cien, quinientos y mil «garants». Papel moneda, o sea billetes, no moneda metálica.

— ¿Qué respaldo tiene el «garant»? ¿Oro?

Orrel hizo un gesto negativo.

—Prácticamente, ninguno, salvo el trabajo de los harabitas. Nuestros intercambios con otros planetas son nulos. El «garant» es, simplemente, un indicativo del valor de las cosas. Uno no puede vender una docena de huevos y cambiarlos por un kilo de patatas. Quizá no las necesita en ese momento...

—Sí, el comercio pagado en especies ya no se estila —sonrió Burns—. Pero el dinero siempre es el dinero. El que tenga mucho, podrá comprar cientos de docenas de huevos, ¿no es verdad, Arvinia?

—Sí, desde luego —contestó la muchacha—. Y lo cierto es que hay en la ciudad bastantes personas muy ricas.

—Pero alguien quiere apoderarse de todas las riquezas de Harabit. El poder absoluto, en suma, aunque sea dependiendo de los piratas. Muy bien Tibbo, y ahora, dígame una cosa: ¿no piensan defenderse jamás?

—Lo siento. Eso es algo en lo que ni siquiera pensamos, capitán. Aunque nos gustaría librarnos del yugo harndoriano, estimamos que es tan inalcanzable como la inmortalidad.

—Son ustedes muy pesimistas...

Arvinia extendió de pronto una mano.

—Perdona un momento, Marty —rogó—. Parece que tienes mucho interés en combatir a los piratas. No te entiendo, francamente; tú no eres harabita...

—Te equivocas; ya soy un harabita.

Ella puso cara de asombro, lo mismo que Orrel.

— ¡Pero si has llegado escasamente hace veinticuatro horas, Marty!

—Lo sé. Sin embargo, olvidas una cosa: soy un náufrago en el siglo treinta, he perdido mi nave y no podré regresar jamás a mi época. Por tanto, tendré que quedarme en Harabit para siempre... ¡Y no me gusta la idea de vivir esclavizado de unos seres sin conciencia!

Orrel hizo un gesto de asentimiento.

—Quizá su llegada pueda constituir para nosotros una especie de revulsivo, capitán. Es muy probable que, a partir de este momento, empecemos a pensar de distinta manera y tratemos de hallar una solución para el actual estado de cosas. Usted se siente dispuesto a luchar contra Kiren y sus secuaces, ¿verdad?

— ¿Quién es Kiren? —preguntó Burns.

—El capitán de los piratas —aclaró Arvinia.

—Desde luego —aseguró el joven—. Estoy dispuesto a luchar contra esos bárbaros, aunque no me gustaría hacerlo solo.

—Hablaré con el coordinador —dijo Orrel—. Le comunicaré mis impresiones y trataré de obtener una respuesta favorable. Mientras tamo, capitán si encuentra alguna idea aceptable...

—Aunque no poseo las facultades de Arvinia, pensaré en alguna solución —sonrió Burns.

# CAPÍTULO IV

Orrel se había marchado. Arvinia se dispuso a preparar el almuerzo.

—He estado hablando con el profesor Flandry —declaró.

— ¿Algún científico? —preguntó él.

—El mejor físico de Harabit. Le conté lo que te había sucedido y se mostró muy interesado en conocerte.

—Por mi parte, no hay inconveniente —dijo Burns—. Iremos a verle cuando a ti te parezca bien, pero... ¿qué ha comentado sobre mi caso?

—Dice que es muy posible que los Torbellinos de Rut Vlank te hayan proyectado, efectivamente, al futuro, al atravesar la zona más crítica, precisamente donde se produce la distorsión de los campos espacio temporales. El, por supuesto, no ha estado jamás ni siquiera en las inmediaciones de los Torbellinos, pero ha oído hablar mucho de ellos y le gustaría conversar con alguien que haya pasado esa experiencia.

—Hablaremos todo lo que él quiera. Arvinia, yo pienso luchar. ¿Qué opinas tú sobre el particular?

Ella hizo un gesto de desaliento.

—Francamente, me siento pesimista. Carecemos de armas, de organización... Ellos, en cambio, están perfectamente organizados y saben dónde, cómo y cuándo asestar sus golpes con absoluta eficiencia. Y ahora es cuando de verdad me doy cuenta de que hay alguien que les ayuda en la sombra, sin dejarse ver ni permitir que se le identifique.

—Bien, saber que hay un traidor es siempre el primer paso para localizarlo. Cuando no se sabe, no se le puede encontrar, pero ahora la tarea, aunque dura, no será imposible. Tú conoces mejor a la gente y sabes en quién poder confiar, para que te ayuden a desenmascarar a ese Judas.

—Haremos lo que podamos, Marty —prometió Arvinia—. Pero me extraña que tú, recién llegado, quieras luchar contra los piratas. A decir verdad, es un problema que no debería importarte en absoluto.

—Me importa, ya te lo dije antes —respondió él con firmeza—. Perdí mi nave y mi tripulación; allí tenía toda mi fortuna y ahora soy un náufrago condenado a vivir en una isla que no está desierta, pero sí en pésimas condiciones de vida. Mi deber es ayudar en 1c posible a mejorar la existencia de Harabit, eso es todo.

—Has emprendido un camino duro y lleno de riesgos.

—Todos los caminos tienen su fin, Arvinia.

—Algunos, antes de que se termine su recorrido, Marty.

—Si no se empieza a andar, se permanece siempre en el mismo sitio.

Ella se echó a reír de pronto.

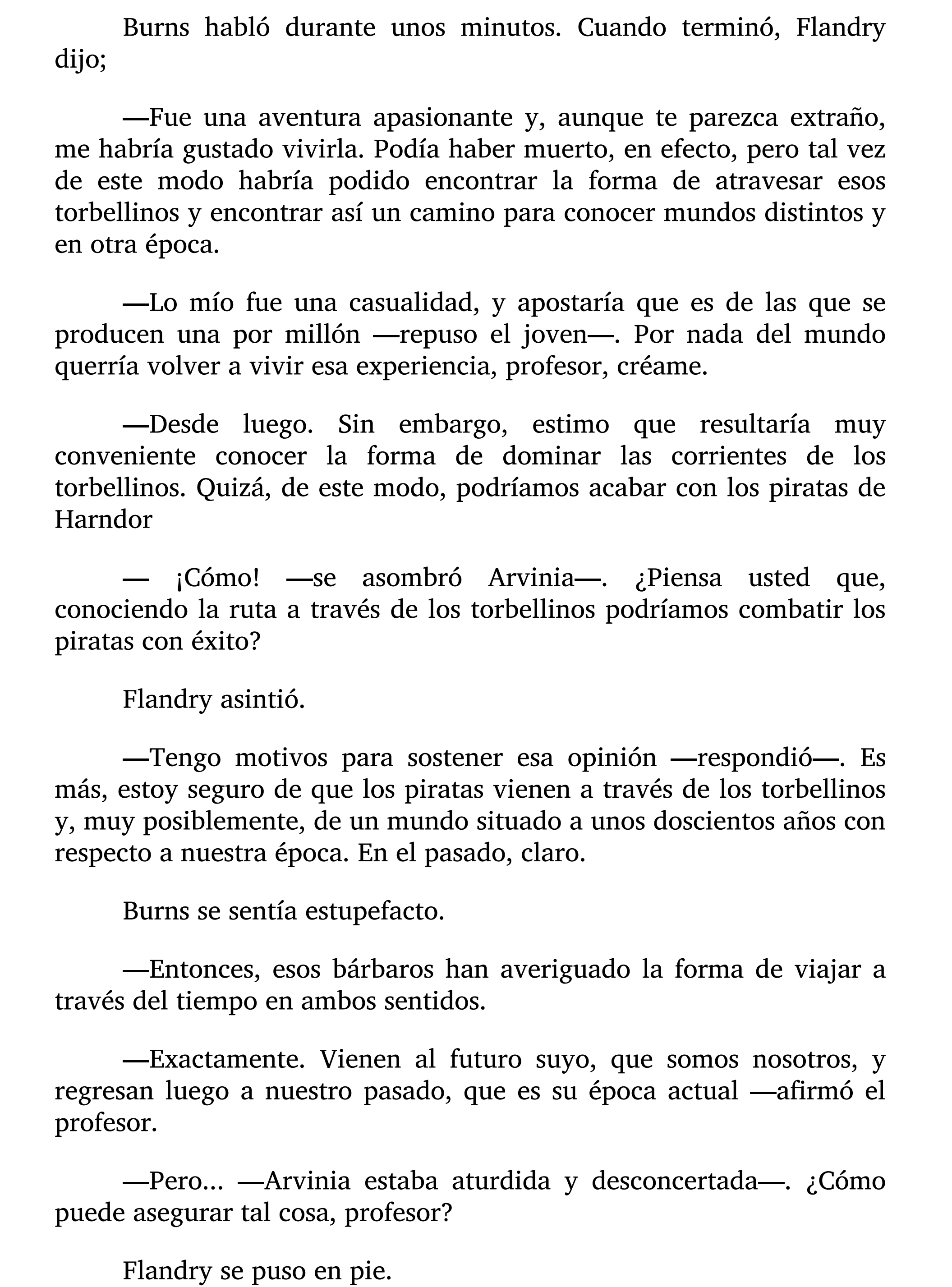
—Nos estamos apedreando con refranes de nuestra propia cosecha —dijo jovialmente—. Pero esto, creo levanta el ánimo.

—Otro refrán —sonrió Burns—. Llorar no sirve de nada, salvo para mojar pañuelos.

—Tienes razón. ¿Te parece que vayamos a ver a Flandry después de almorzar?

—De acuerdo —accedió él.

Jubilius Flandry era un individuo de unos cincuenta años, que residía en una vivienda solitaria, ya en las afueras de la ciudad. Un cuerpo independiente de la casa le servía de laboratorio, donde trabajaba y realizaba experimentos constantemente. Flandry acogió a los visitantes con benevolencia y, después de obsequiarles con unas tazas de café, pidió al joven que le explicara con el mayor detalle posible sus experiencias al pasar por los Torbellinos de Rut-Vlank.



Burns habló durante unos minutos. Cuando terminó, Flandry dijo;

—Fue una aventura apasionante y, aunque te parezca extraño, me habría gustado vivirla. Podía haber muerto, en efecto, pero tal vez de este modo habría podido encontrar la forma de atravesar esos torbellinos y encontrar así un camino para conocer mundos distintos y en otra época.

—Lo mío fue una casualidad, y apostaría que es de las que se producen una por millón —repuso el joven—. Por nada del mundo querría volver a vivir esa experiencia, profesor, créame.

—Desde luego. Sin embargo, estimo que resultaría muy conveniente conocer la forma de dominar las corrientes de los torbellinos. Quizá, de este modo, podríamos acabar con los piratas de Harndor

— ¡Cómo! —se asombró Arvinia—. ¿Piensa usted que, conociendo la ruta a través de los torbellinos podríamos combatir los piratas con éxito?

Flandry asintió.

—Tengo motivos para sostener esa opinión —respondió—. Es más, estoy seguro de que los piratas vienen a través de los torbellinos y, muy posiblemente, de un mundo situado a unos doscientos años con respecto a nuestra época. En el pasado, claro.

Burns se sentía estupefacto.

—Entonces, esos bárbaros han averiguado la forma de viajar a través del tiempo en ambos sentidos.

—Exactamente. Vienen al futuro suyo, que somos nosotros, y regresan luego a nuestro pasado, que es su época actual —afirmó el profesor.

—Pero... —Arvinia estaba aturdida y desconcertada—. ¿Cómo puede asegurar tal cosa, profesor?

Flandry se puso en pie.

—Esperad un momento —dijo.

* * *

Flandry accionó un interruptor y las luces del laboratorio se extinguieron. A los pocos momentos, se iluminó una pantalla y apareció en ella la fotografía de un grupo de personas de ambos sexos, ataviados con los trajes rojo y verde que Burns había tenido ocasión de contemplar en su primer encuentro con los piratas.

—Hace doscientos años, una expedición partió de Harabit, en busca de mercados exteriores —explicó Flandry—. En su viaje llegaron a un planeta, llamado Harnvor por los nativos. No fueron muy bien acogidos, ésta es la verdad, por lo que todo intento de entablar relaciones fracasó. Sin embargo, los expedicionarios pudieron regresar sin mayores contratiempos, aunque sí obtuvieron informes acerca de las condiciones de vida de Harnvor, sus sistemas de gobierno, su industria... en fin, lo que suele haber en un mundo civilizado. Naturalmente, impresionaron algunas películas y tomaron fotografías. Esta es una de ellas.

—Los trajes parecen rabiosamente actuales —comentó el joven —. Quiero decir que no han evolucionado en doscientos años.

—Esta fotografía fue impresionada en el año dos mil setecientos sesenta y tres, es decir en el siglo veintiocho. Hay muchas otras más, y también películas, pero es inútil seguir mostrando impresiones gráficas de Harnvor, porque en todas ellas, la vestimenta es absolutamente idéntica. No conozco ninguna civilización cuya indumentaria no haya cambiado algo en doscientos años —declaró Flandry solemnemente.

—Harndor... Harnvor... —dijo Burns con aire pensativo—. La diferencia es de una letra solamente.

—Para nosotros, han transcurrido dos siglos y en ese tiempo, el nombre del planeta de los piratas se ha corrompido en una letra. Esto, sin embargo, no tiene la mayor importancia. Lo que sí es realmente importante es el hecho de que los piratas sean capaces de efectuar incursiones hasta esta época y tenernos dominados como si fuésemos ovejas de un rebaño a las que se puede explotar impunemente.

— ¿Cómo pudieron iniciar ellos sus incursiones, profesor? —inquirió el joven.

—Bien, cuando nuestros exploradores llegaron a Harnvor, los nativos pudieron ver una civilización muy superior, rica en bienes materiales y con un sistema de vida incomparablemente superior. Los harnvoritas, aunque no atrasados precisamente, vivían de otro modo, con menos comodidades, con menos adelantos. Además, eran belicosos por naturaleza, poco dados al trabajo, más amigos de conseguir lujos mediante la fuerza que no por medios naturales. El resto se comprende fácilmente.

—Salvo el hecho de que sepan atravesar los torbellinos. —La casualidad tuvo que ayudarles, como te ayudó a ti. Y, por si fuera poco, tuvieron la suerte de llegar doscientos arios más tarde, cuando nuestra civilización había conseguido avances realmente impresionantes.

—En resumen, ustedes son las abejas de la colmena que fabrican la miel, para que el colmenero venga a llevársela cuando lo estima conveniente.

—Más aún —añadió Flandry—. Los piratas han descubierto la forma de conseguir mano de obra barata y, de cuando en cuando, vienen a llevarse unos cientos de esclavos, a los que obligan a realizar los trabajos más duros, para que ellos puedan vivir guerreando con los vecinos.

—Ah, están en guerra con otros planetas...

—Lo presumimos, aunque no podemos asegurarlo. Pero los esclavos harabitas se dedican principalmente a la fabricación de armas y naves de batalla. Aunque también hay otros que desempeñan trabajos más serviles: criados, camareros, hombres de la limpieza pública... En fin, tareas que un guerrero estima degradantes.

— ¿Y mujeres? —preguntó Burns, enormemente intrigado por las explicaciones que recibía del profesor—. Unos hombres que viven prácticamente de las *razzias,* se llevarán también mujeres jóvenes...

—En eso estamos de suerte. Los piratas practican la endogamia; es decir, se emparejan con mujeres harndoritas exclusivamente. Un pirata se sentiría rebajado si sólo tocase a una mujer extranjera.

—A eso se le llama racismo —observó el joven—. Bien, profesor, dígame una cosa: ¿No han intentado nunca salir de esta horrible situación? ¿No se les ha ocurrido jamás idear un plan de batalla para combatir y derrotar a los piratas de Harndor?

Flandry hizo un gesto de asentimiento.

—Se enviaron naves de exploración, que no regresaron jamás. En cuanto a posibles intentos de rebelión, todos ellos fueron yugulados drástica e implacablemente. Hemos tenido que resignarnos a ser, como usted ha dicho, las abejas de la colmena que explotan los harndoritas —concluyó fúnebremente.

Burns se volvió hacia la muchacha.

—Yo no pienso fabricar miel para esos granujas —declaró, tajante.

## CAPÍTULO V

Dormía, inquieto y nervioso, agitado por múltiples pesadillas, que le causaban el efecto de hallarse en situaciones reales, a cual más angustiosa, Al fin, se despertó, bañado en sudor.

Respiró aliviado. Estaba en casa de Arvinia, náufrago en el siglo XXX, en una situación nada agradable, pese a todo. Dándose cuenta de que tardaría en conciliar el sueño nuevamente, trató de pensar en una solución que le permitiera derrotar a los piratas.

La gente de Harabit, estimó, se había vuelto abúlica y había perdido los deseos de luchar. A fin de cuentas, vivían bien y, aunque la mayor parte del trabajo era para los piratas, les quedaba lo suficiente para no pasar estrecheces. De los hombres deportados se sabía que vivían en condiciones relativamente aceptables. Además,

pasados algunos años, les permitían regresar a Harabit,

Pero al joven le sublevaba ver que todo un pueblo era explotado por unos seres sin conciencia.

«A fin de cuentas, las abejas nacen para producir miel y cera. El hombre ha nacido para ser libre», se dijo.

De repente, creyó oír un ruidito extraño.

Aguzó el oído. Entonces supo que había un extraño en el interior de la casa.

Las luces estaban apagadas. Si hubiera sido Arvinia, al levantarse para ir al baño, por ejemplo, habría encendido alguna luz, pero no era así.

La ventana de su dormitorio era muy amplia. Harabit tenía dos satélites, uno de los cuales estaban en fase de plenilunio. Aunque más pequeño que la Luna terrestre, daba, sin embargo, la suficiente luz para poder ver algunos detalles en el interior de la estancia.

Una oscura silueta se destacó de pronto a contraluz, al pasar por delante del ventanal. Durante una fracción de segundo, Burns pudo captar un destello metálico a media altura del cuerpo del intruso.

Todos sus músculos se pusieron en tensión inmediatamente. El sujeto estaba dispuesto a asesinarle.

Esperó en silencio, conteniendo la respiración. El hombre se acercó a la cama y le contempló un instante. Luego alzó el brazo derecho.

Entonces, Burns disparó su pie con tremenda violencia y alcanzó al otro en la ingle.

Se oyó un gruñido de dolor. El asesino retrocedió, tambaleándose. Burns observó que, pese a todo, no había soltado su cuchillo.

Saltó de la cama. No le asustaba una pelea a cuerpo limpio.

En su tripulación había gente muy dura. Más de una vez había tenido que sostener feroces luchas a puño desnudo con algún tripulante reacio a cumplir una orden. También sabía lo que era enfrentarse con sólo sus manos a un tipo armado con un cuchillo.

El intruso atacó de nuevo. Burns supo que estaba decidido a quitarle de en medio.

Avanzó la mano izquierda y atenazó la muñeca armada de su adversario. Con la derecha, lo agarró por el otro hombro y lo hizo girar en redondo. Luego empujó el brazo que sujetaba, a la vez que tiraba hacia sí del cuerpo de su atacante.

El cuchillo se hundió profundamente en la carne. Se oyó un horrible gemido.

Burns notó claramente el terrible estremecimiento que sacudía el cuerpo del asesino. Al cabo de unos segundos, el hombre se desmadejó y dobló las rodillas. Burns lo soltó.

Encendió la luz. El hombre, con el cuchillo clavado en la espalda hasta la empuñadura, se agitaba todavía débilmente. Pero sus movimientos cesaron muy pronto.

De repente, se oyó la voz de Arvinia:

— ¡Marty! He oído ruidos extraños... ¡Oh, Dios mío! —se aterró al ver el cadáver del intruso—. ¿Qué ha pasado aquí? —dijo desfallecidamente.

—Este hombre entró con la intención de asesinarme. Luchamos y le di muerte —explicó el joven—. Ese pobre infeliz no sabía que yo me he visto en circunstancias mucho peores —agregó.

Arvinia se sentó en una silla.

—Nunca me había encontrado en una situación semejante... —jadeó—. Esto es horrible, Marty. ¿Por qué querían asesinarte?

—Bien, supongo que alguien está enterado de que me hospedo en tu casa. Ese alguien, sospecho, piensa que puedo resultar un peligro y trata de eliminarme, eso es todo.

— ¿Enviando a un asesino a matarte en silencio?

— ¿Podría ejecutarme en público?

Ella hizo un gesto negativo.

—Aquí no existe la pena de muerte —respondió.

—Públicamente, no, pero hay alguien aficionado a eliminar

discretamente a la gente que le estorba. El traidor, claro.

—No sé quién puede ser…

—Eso importa poco ahora. Una cosa es segura: en Harabit no están acostumbrados a este género de «operaciones»; de otro modo, este individuo habría actuado con más inteligencia y ahora no estarías hablando conmigo. En fin, ahora se nos plantea un problema, Arvinia.

— ¿Cuál, Marty?

Burns se inclinó sobre el cadáver. —No mires, por favor —rogó.

Arvinia volvió el rostro a un lado. Burns desclavó el cuchillo y fue al baño, donde lo lavó minuciosamente. Al regresar a su dormitorio, lo dejó encima de una consola. El cuchillo, observó, tenía una empuñadura muy trabajada, de verdadero mérito artístico. Pero la hoja ofrecía un aspecto mortífero.

—Arvinia, ¿a qué distancia está el Pacífico? —preguntó.

—Unos treinta kilómetros… ¿Por qué lo dices?

—Voy a usar tu vehículo. Lanzaré el cadáver al mar.

Ella no opuso la menor objeción. Burns cargó en sus fuertes brazos el cuerpo inanimado de su fracasado asesino y salió de la estancia.

* * *

Regresó al cabo de hora y media. Su asombro fue enorme al ver a la muchacha sentada en la sala, con el cuchillo del asesino en su regazo y una expresión ausente en su rostro.

— ¿Qué te sucede, Arvinia? —preguntó.

Ella continuó callada. Burns se le acercó y la sacudió por uno de los hombros.

—Vamos, contesta… ¿te has vuelto muda?

—No —dijo ella, con un hilo de voz, al mismo tiempo que

levantaba el arma del asesino—. Es el cuchillo de ceremonia de Piet Warkenoer.

Burns frunció el ceño.

— ¿Quién es ese Warkenoer? —inquirió.

—Íbamos a casarnos. Piet desempeña un importante cargo en el Ministerio de Defensa. Aquí es costumbre que la novia regale al novio su cuchillo de ceremonia. Sólo se usa en las grandes solemnidades, por supuesto, pero es algo que siempre se hace en casos semejantes —Arvinia le enseñó la empuñadura—. Aquí están sus iniciales, Marty.

Burns apreció un óvalo esmaltado en azul, con letras doradas, realizado con gran arte. Respingó, son poder contenerse.

— ¡No habré matado a tu prometido! —exclamó.

—No, no era Piet, lo habría reconocido en el acto. Pero no puedo comprender por qué ese hombre tenía el cuchillo que no era suyo.

—Bueno, quizá Piet tenga algo que ver con el asunto. ¿No dices que es un algo cargo del Ministerio de Defensa?

—A pesar de todo, no puedo creer que él sea un traidor...

—Todos los traidores se ocultan siempre bajo una máscara de absoluta respetabilidad —dijo el joven sentenciosamente—. Por cierto, aún no sé qué ha comentado Warkenoer acerca de que tengas un huésped en tu casa.

—No tiene por qué comentar nada. Rompimos el compromiso hace un par de meses. Ya no nos casaremos, Marty.

—Lo siento, Arvinia. Si puedo hacer algo en tu favor...

La muchacha se levantó.

—Mañana iré a hablar con Piet y le preguntaré cómo es posible que su cuchillo haya pasado a otras manos —manifestó.

— ¿Sabes lo que sucederá entonces?

—Imagino que dirá que se lo han robado o algo por el estilo...

—Sí, y también alguien sabrá que estás enterada de lo que ha

pasado en tu casa, y se enterará también que un asesino contratado está ahora en el fondo del Pacífico. ¿No crees que eso puede comprometerte? ¿Por qué no dejas que las cosas sigan como están?

— ¿Tú crees?

—Mira, volé hasta llegar a unos cincuenta kilómetros de la costa. Entonces di la vuelta al aparato. El cadáver no estaba sujeto al asiento y cayó al mar. El que envió al asesino, verá que no vuelve a informarle de haber cumplido su misión; sabrá que yo sigo con vida y comprenderá que su plan ha fracasado. Pero no puede demostrar en modo alguno que nosotros sabemos lo ocurrido. Puede, incluso, pensar que el asesino se arrepintió y prefirió esconderse. En cambio, si mencionas el cuchillo, sabrán que ese hombre vino aquí y que si no ha vuelto, es porque está muerto. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí —respondió Arvinia—. De todos modos, algún día, supongo, me permitirás averiguar qué fue del cuchillo y cómo pasó a otras manos que no eran las de su dueño.

Burns examinó el arma. La empuñadura era enormemente valiosa, apreció.

— ¿Te costó mucho? —preguntó.

—Treinta mil garants. Yo gano doscientos cincuenta al mes...

— ¿Cuál es el sueldo de Warkenoer?

—Unos cuatrocientos. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Bueno, tal vez se vendió el cuchillo para sacar algún dinero — dijo el joven cínicamente—. Si no te lo devolvió, debió de pensar que podía obtener algún provecho de tu regalo.

—No me extrañaría en absoluto que lo hubiera hecho así —dijo la muchacha—. Vivir en el siglo treinta no es garantía de honestidad ni decencia, Marty.

—Estoy plenamente convencido de ello —respondió Burns gravemente.

* * *

El profesor Flandry se presentó inesperadamente en la casa dos días más tarde.

—Tengo que hacerle una proposición, muchacho —dijo.

—Muy bien, profesor. Adelante —invitó Burns.

— ¿Te atreverías a atravesar nuevamente los torbellinos?

El joven se espantó.

— ¡Profesor! ¿Se ha vuelto loco? No lo haría otra vez ni por todo el oro del mundo. Ya sé que no estoy en mi época y me gustaría volver al siglo veintitrés y a la Tierra, pero no quiero correr de nuevo ese riesgo. Una vez salvé la vida; no creo que tuviera éxito en la segunda ocasión. Además, ¿para qué diablos quiere que haga de nuevo esa travesía?

—Se me había ocurrido... —Flandry se mordió los labios—. Si pudiéramos llegar a Harndor... Tengo un proyecto que acabaría definitivamente con las depredaciones de los piratas. Un arma irresistible, absolutamente infalible, ¿comprendes?

Burns dio un fuerte respingo.

— ¿Una bomba atómica capaz de destruir todo un planeta? Ustedes, los físicos, citando se ponen a inventar cosas, es que no acaban, vamos.

—No, no se trata de una bomba atómica ni nada que pueda destruir la vida en Harndor. Simplemente es... Pero si no quieres ir, ¿para qué voy a molestarme en explicarte mi plan?

—Por todos los diablos, profesor. ¿Cómo voy a viajar a Harndor, suponiendo que acepte hacer la travesía, si no disponemos de una sola nave interplanetaria?

Arvinia, silenciosa hasta entonces, decidió intervenir:

—Marty, aunque no pienses hacer el viaje, ¿por qué no dejas al profesor que se explique? Al menos, podríamos conocer sus teorías y tú mismo podrías mejorarlas, incluso. O formular objeciones sobre asuntos que a él se le hayan escapado.

—Muy cierto, muchacha —convino Flandry—. Bien, ¿qué me

contestas, Marty?

Burns no pudo decir nada. Un leve tañido se oyó de pronto en la estancia.

—Perdón —rogó Arvinia, a la vez que se dirigía hacia el videófono situado en un rincón.

Dio el contacto y la pantalla se iluminó. El rostro de Orrel apareció de inmediato ante los ojos de la joven.

—Te saludo, Arvinia. ¿Está el náufrago contigo?

—Sí, Tibbo, aquí está. ¿Qué deseas?

—El coordinador le ha concedido una entrevista y quiere que tú asistas también. Os aguarda dentro de una hora. Nada más, eso es todo.

# CAPÍTULO VI

El guardia que estaba ante la puerta del despacho del coordinador era un mero decorativo, ya que no estaba armado siquiera. Burns y la muchacha aguardaron en una antesala, hasta que Orrel apareció y les invitó a pasar.

Rugg se puso en pie al verles. Era un hombre alto, de majestuosa presencia y ataviado con suma sencillez. Burns apareció que no había la menor señal de benevolencia en las facciones del sujeto. ˆ

—Celebro conocerle, capitán Burns —dijo Rugg sin más ceremonias—. A ti te saludo, Arvinia, y te felicito por haber conseguido escapar a la *razzia* de los piratas.

—El capitán Burns me salvó la vida, señor —contestó ella.

—Lo sé, y yo le doy las gracias por habernos preservado a nuestra única pensadora. Enviar a los pensadores a meditar fue una buena idea, pero alguien nos traicionó y el plan se ha frustrado de una manera absoluta. Sin embargo, no quiero hablar de hechos ya conocidos y que, por desgracia, no tienen solución.

Los ojos de Rugg eran duros y despiadados cuando se posaron en

el rostro del joven.

—Capitán, usted naufragó de su época a la nuestra. Aquí se le ha acogido con benevolencia y simpatía, y celebramos infinito tenerle en Harabit como uno más de nosotros. «Uno más de nosotros» quiere decir, exactamente, que debe abstenerse de todo intento de alterar la situación actual respecto de los harndoritas. Los posibles beneficios que se obtuvieran de sus acciones no compensarían en absoluto los enormes perjuicios que podrían causarnos unas actitudes hostiles contra quienes son infinitamente más poderosos que nosotros. Me ha comprendido, supongo.

Burns hizo un gesto de asentimiento.

Perfectamente, señor —dijo con acento muy tenso.

—Si se comporta como uno más de nosotros, repito, podrá vivir en paz. De otro modo, y en contra de mis deseos, me vería obligado a tomar severas medidas contra usted. Arvinia, tú te ocuparás de que este joven no vuelva a hacer nada en sentido que ya sabes.

La muchacha estuvo a punto de dar una respuesta violenta, pero supo contenerse prudentemente.

—Haré lo que pueda, señor —respondió.

—Gracias. Por mi parte, eso es todo. Podía haber hecho que uno de mis ayudantes les comunicara esta advertencia, pero no quería encomendar a otro algo que estimé debía realizar yo personalmente. Los altos cargos no están solo para disfrutar de honores y prebendas, sino también para los actos poco agradables y éste, créame, capitán, lo es mucho para mí.

—Siento haberle ofendido, señor —contestó Burns, a la vez que se inclinaba profundamente.

—Usted era desconocedor de la verdadera situación y por eso le disculpo en su primera ocasión. No podría hacerlo por segunda vez.

—Lo tendré en cuenta, excelencia.

—Gracias. Eso es todo. Arvinia, aunque el momento no sea el más propicio, celebro haberte saludado. Cuídate mucho; necesitamos de tu mente.

La joven no dijo nada, limitándose a realizar una leve

inclinación de cabeza. Luego salió del despacho, emparejada con Burns.

Tardaron mucho en cambiar una palabra, ambos hondamente preocupados por el cariz nada agradable que había tenido la entrevista. Al fin, ella no se pudo contener y explotó:

— ¡Debiéramos haberle dicho que han intentado asesinarte! ¿Por qué te lo callaste, Marty?

—Tranquilízate —rogó el joven—. Perder los estribos de nada sirve por ahora. Conviene mantener la calma y, tú más que nadie, debes estar con la mente serena.

—Ese Rugg es un traidor...

—Quizá lo parece solamente. Su cargo le impone obligaciones que, a veces, resultan verdaderamente penosas. Tal vez simpatiza con nosotros, pero, en su puesto, no puede hacer otra cosa que tomar decisiones en contra de nuestros propósitos.

—Nosotros miramos por el pueblo de Harabit...

—Y, a su modo, él hace lo mismo, porque piensa que si los piratas se enteran de lo que pasa, podrían tomar represalias. De todas formas, no pienso hacerle caso, aunque, a partir de este momento, andaré con pies de piorno para evitar contratiempos.

—Eso significa que no renuncias a tus propósitos.

—No —contestó Burns—. Ahora, más que nunca, estoy decidido a luchar, y sobre todo, después de haber oído al profesor Flandry.

Arvinia se estremeció.

—Eso significa que estás decidido a intentar de nuevo la travesía de los torbellinos —adivinó.

— ¿Por qué no? Pero no haré nada, sin antes saber a fondo cuáles son sus proyectos. Aunque, desde luego, y para permitir que las aguas se calmen, dejaremos pasar algunos días antes de acudir a entrevistarme de nuevo con el profesor. Tengo la impresión de que vamos a ser espiados y no quiero que nos pase nada, ¿comprendes?

—Sí, desde luego. ¿Qué haremos mientras tanto, Marty?

Burns se echó a reír.

—Soy un náufrago en el siglo treinta y no tengo que hacer nada, como no sea turismo —respondió—. Pero todo turista necesita un guía. ¿Quieres serlo tú?

—Con mucho gusto —accedió ella.

* * *

Estaban a la orilla de un río de aguas turbulentas, que corría por el fondo de un angosto cañón, cuyas paredes se elevaban a más de mil metros por encima de sus cabezas.

El lugar poseía una belleza de salvaje grandiosidad. A menos de trescientos metros, el río se desplomaba por una caída vertical de más de medio kilómetro de altura. Una pequeña corriente del mismo, sin embargo, se adentraba en las tierras de la orilla y formaba un manso estanque, de aguas cristalinas, junto al cual se encontraban los dos jóvenes.

Arriba brillaba el sol. Cantaban los pájaros en las inmediaciones. Burns pereceaba, tendido sobre la hierba, mientras la muchacha se disponía a preparar el almuerzo.

Su vehículo se hallaba a poca distancia, al otro lado de unos frondosos arbustos. Al cabo de un rato, ella dijo:

—La comida está lista. Antes me gustaría bañarme, Marty.

El joven mordisqueaba un tallo de hierba. Sin quitárselo de la boca, dijo:

—Muy bien, hazlo tú. Puedo esperar sin prisas.

— ¿No te bañas tú?

—No he traído el traje de baño...

—Oh, no es necesario.

Burns se sentó en el suelo. Ella se estaba quitando ya la blusa que cubría la parte superior de su cuerpo.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —exclamó, alarmado.

—Bueno, no me voy a bañar vestida... ¿es que en tu época usáis otras prendas para bañaros?

—A decir verdad, sí. Hombre, no es que me asuste de ver a una chica desnuda, no sería la primera, claro..., pero cuando nos bañamos, utilizamos bañadores. Sí, hubo una época en que eso no era necesario, pero en el siglo veintitrés se han producido ciertas oleadas de moralidad y ya no suceden las cosas que pasaban a finales del siglo veinte. De todos modos, me volveré de espaldas.

—No serías el primero que me vieses desnuda, Marty —rió ella.

El joven tosió fuertemente.

—Por favor, Arvinia, compréndelo —rogó.

—Está bien. Lo siento, Marty. Renunciaré al baño...

Burns levantó la mano repentinamente.

—De todos modos, creo que hubieras tenido que renunciar —dijo—. Viene alguien.

Arvinia miró hacia arriba y divisó un punto brillante que perdía altura con rapidez. Un sentimiento de alarma nació de inmediato en su mente.

—Será mejor que nos escondamos, Marty —propuso.

— ¿Temes algo?

—Las precauciones no están nunca de más.

Arvinia echó a correr, todavía con la blusa en las manos, desnuda de la cintura para arriba. Pasó al otro lado de los arbustos y volvió a vestirse mientras el joven se acuclillaba a su lado.

Un aeromóvil de contornos fusiformes descendió a menos de veinte metros del lugar en que se hallaba la pareja. Casi en el acto, se vio brillar un chispazo en las alturas.

Otro aparato descendía hacia aquel lugar. A los pocos momentos, Burns pudo apreciar que se trataba de una nave exactamente igual a la que había conocido el primer día de su llegada a Harabit.

De repente, sintió que las uñas de la muchacha se clavaban en su

brazo.

—Marty, mira —siseó Arvinia.

Un hombre, joven y bien parecido, se había apeado del primer vehículo. Burns se sintió intrigado.

— ¿Quién es? —preguntó en el mismo tono de voz.

—Piet Warkenoer, mi ex prometido.

Warkenoer paseaba por aquel lugar, bastante nervioso, al parecer. Cuando vio que la nave se disponía a aterrizar, salió a su encuentro.

Una hermosa mujer apareció a los pocos momentos en la escotilla. Era muy alta, casi fornida, pero también esbelta y de senos rotundos y firmes. El pelo parecía de llamas vivas y su indumentaria tenía unos colores inequívocamente rojos y verdes.

—Shura Lonko, la segundo en el mando de los piratas — identificó Arvinia muy pronto. Burns frunció el ceño.

— ¿Qué diablos hace aquí esa pájara? —rezongó.

Warkenoer se acercó a Shura. La mujer le dijo algo violentamente. El harabita pareció defenderse. Ella, de pronto, le asestó una terrible bofetada.

El harabita retrocedió.

—No debiste haber hecho eso —gritó, de modo que Burns y Arvinia pudieron escucharle sin dificultad.

—Calla, estúpido —contestó ella—. Deberías darme las gracias, por no haberte matado aquí inmediatamente. ¿De qué me sirve tenerte como informador, si me ocultas las cosas más interesantes? ¿Para qué te cubro de oro, literalmente, si luego no sabes encargar a otro algo tan simple como eliminar a un tipo molesto?

—Era un tipo experto. No sé qué le pudo pasar... El terrestre sigue con vida, pero mi... empleado desapareció...

—Ese terrestre es sin duda un hombre verdaderamente astuto — calificó Shura—. De verdad, me gustaría tenerle a mi lado mucho mejor que enfrente, pero, puesto que no puede ser, habrá que ir pensando en eliminarle definitivamente.

—Haré lo que pueda.

—Calla, idiota; tú ya no harás nada contra el terrestre. Nosotros nos encargaremos de él, a nuestra manera y en el momento apropiado. Por ahora, lo único que tienes que hacer es transmitir un mensaje nuestro a quien tú sabes, ¿me entiendes?

—Muy bien. Dímelo...

—No; te lo daré por escrito y sellado. No se te ocurra abrir el sobre, siquiera, porque no vivirás veinticuatro horas después de haberlo hecho, ¿me comprendes? Lo único que tienes que hacer es entregar el mensaje y no te preocupes del resto. ¿Entendido?

—Sí, señora.

Shura extrajo un sobre del interior de su casaca verde y se lo entregó al harabita. Luego giró en redondo, se metió en la nave y desapareció de la vista de los presentes. El aparato se elevó raudamente y, en pocos segundos, se perdió en las alturas.

Entonces, Burns agarró el brazo de la muchacha y, con voz apenas audible, dijo:

—Voy a ver si consigo enterarme del contenido de ese mensaje.

# CAPÍTULO VII

Warkenoer caminaba lentamente, con aire de hallarse sumido en profundas meditaciones. Por ello mismo, no se dio cuenta de que una pierna se interponía malignamente en su camino.

Tropezó y empezó a inclinarse hacia adelante. Antes de que cayera al suelo, un puño le golpeó en la cabeza con tremenda violencia y perdió el conocimiento

El sobre revoloteó un poco y cayó en la hierba, a su lado. Burns lo apartó ligeramente. Luego buscó dos piedras.

Colocó una de ellas junto al pie izquierdo de Warkenoer. Con la otra le golpeó la frente, sin mucha fuerza, lo suficiente, sin embargo, para hacer salir un poco de sangre, que no intentó restañar siquiera.

— ¿Por qué haces eso? —preguntó Arvinia, estupefacta.

—Piet dormirá un buen rato —sonrió él—. Cuando despierte, como no me ha visto, creerá que tropezó con una piedra y se golpeó la frente con otra. Le dolerá la cabeza durante un buen rato, pero ni por asomo se le ocurrirá pensar que las cosas han sucedido de distinta manera.

— ¿Y el sobre? Si te lo quedas, Piet sospechará...

—No sospechará nada. Ni se enterará tampoco de que lo hemos abierto y conocemos su contenido.

—Si lo abres, verá roto el sello y será lo mismo, Marty.

—Espera, espera un poco. Perdona la inmodestia, pero yo sé hacer algunas cosas que ignoráis la gente de siete siglos después del mío —rió Burns.

Inmediatamente, se aplicó a buscar leña. Mientras lo hacía, agitó una mano.

—Has traído la cafetera, supongo. —Sí, desde luego.

—Bien, llénala de agua, pero no pongas café.

Arvinia obedeció, sin comprender las intenciones del joven. Media hora más tarde, el vapor de agua que brotaba del recipiente, empezó a ablandar la goma del sobre.

Había un sello de una sustancia rojiza, parecida al lacre, y Burns pudo despegarlo sin la menor dificultad. Un cuarto de hora después,

extraía una simple cuartilla del interior del sobre.

Había sólo unas pocas líneas escritas, pero su contenido resultaba altamente significativo:

> ES DE TODA URGENCIA INFORMAR SOBRE ACTIVIDADES PROFESOR FLANDRY. SE SABE QUE PREPARA ALGO QUE PUEDE CAUSARNOS GRAVES PERJUICIOS. DEBE CONOCER SUS PLANES Y PROYECTOS A TODA COSTA, INCLUYENDO EL USO DE LA FUERZA, SI LO ESTIMA NECESARIO. ENVIE INFORMACION POR LOS CANALES HABITUALES.

Burns terminó la lectura y se volvió hacia la muchacha.

— ¿Qué te parece? —preguntó sonriendo.

—Lo adivinaste el primer día —repuso Arvinia—. Sí, había un traidor...

—Más de uno y más de diez. Ya no me cabe la menor duda de que Kiren y su banda tienen infiltrados numerosos espías entre la gente de Harabit. Bueno, infiltrados... mejor sería decir comprados, aunque el resultado es el mismo.

—Tienes razón, Marty. Pero ahora que conocemos sus propósitos, ¿qué debemos hacer?

—Primero, dejaré la carta en su estado original. Después, nos marcharemos. Piet tardará todavía un buen rato en volver en sí. Cuando despierte, insisto, no recordará nada, excepto que tuvo una caída y se golpeó en la frente. Puesto que verá la carta intacta, no sospechará que conocemos su contenido. Después... el sobre no lleva la dirección del remitente, así que tendremos que enterarnos de la persona a la que Piet ha de entregar la carta de Shura.

—Yo me encargaré de ello —exclamó la muchacha impetuosamente—. Déjelo en mis manos; no tardaremos mucho en saber quién es el traidor.

—Pero, sobre todo, no hagas nada que pueda ponerte en apuros —aconsejó él.

—Descuida, seré más prudente que nunca —aseguró Arvinia.

* * *

—Y bien, profesor, ¿cuáles son sus planes? —preguntó Burns veinticuatro horas más tarde.

—Vas a saberlo enseguida. Lo primero de todo consiste en atravesar los Torbellinos de Rut-Vlank.

—No me lo recuerde. Los pelos se me ponen de punta… ¿Ha encontrado usted el método para hacer sin riesgos esa travesía?

—Es muy posible. Hace mucho tiempo que yo mismo quería intentarlo, aunque no me atrevía, puesto que carezco de experiencia como astronauta. Pero tú eras capitán de astronave y has volado mucho tiempo por las estrellas.

—Mi nave se desintegró…

—Un corcho, aunque zarandeado por las olas, flotará en un mar embravecido, que puede hundir un gran barco —contestó Flandry.

—Creo que entiendo —sonrió el joven—. De todas formas, ese corcho tiene que ser hueco y la persona que viaje en su interior no lo pasará demasiado bien que digamos.

—He previsto eso y puede instalar amortiguadores antigravedad, que reducirán al mínimo los zarandeos en el interior de mi nave.

—Luego ha construido una nave, profesor.

—Llevo años trabajando en ello, muchacho. Secretamente, por supuesto; y no es muy grande, pero sus motores tienen la potencia de una astronave digamos normal. Además, he mejorado los captadores de energía solar y podría aprovechar incluso la energía de un sol situado a cincuenta mil millones de kilómetros. Por el combustible, lógicamente, no hay que preocuparse.

—De acuerdo. Me meto en la nave, salgo al espacio, tomo la ruta de los Torbellinos… ¿Y después?

—Si tienes la suerte de encontrar la ruta que conduce a Harndor, llegarás allí y destruirás a los piratas de una forma absoluta.

— ¿Con una bomba gigante?

Flandry hizo un gesto negativo.

—No, no sería capaz de arruinar la vida de un planeta, aunque fuese con la ventaja de haber conseguido la libertad para Harabit Es algo mucho mejor, incruento, además, pero absolutamente definitivo y que dejará a los piratas tan inermes como un niño de pecho.

— ¡Caramba! —exclamó el joven—. Debe de ser un arma maravillosa. Y, ¿en qué consiste, si se puede saber?

—Te lo explicaré inmediatamente, Marty.

Flandry empezó a hablar y continuó así por espacio de una media hora larga. Cuando terminó, Burns se sentía maravillado.

—Pero, profesor, ¡eso es el huevo de Colón! —exclamó.

—Desde luego, aunque la dificultad estriba en ponerlo de pie, muchacho.

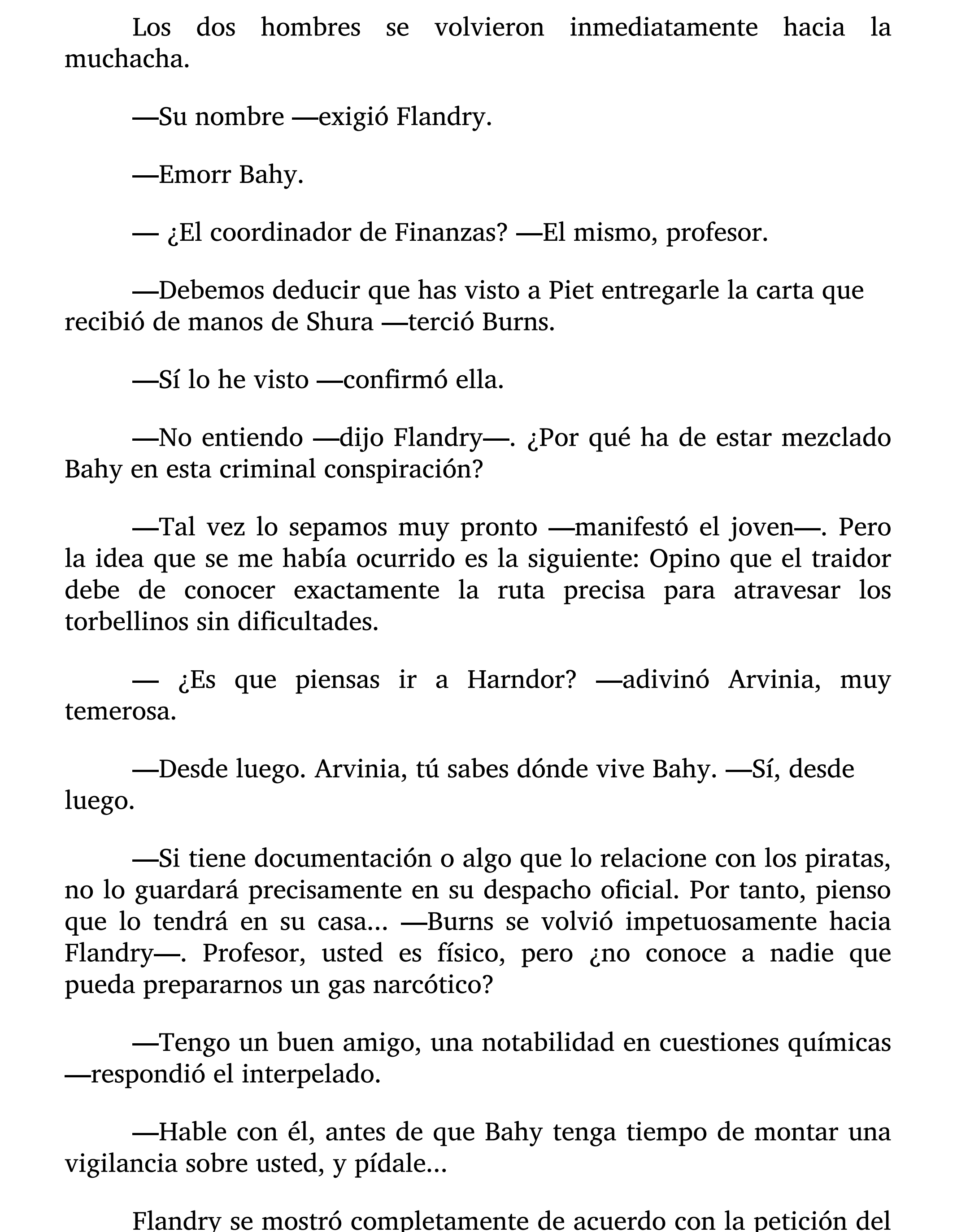
—Deje que yo me encargue de ello —pidió Burns—. Lo peor de todo, sin embargo, no es poner en pie el huevo de Colón, sino llevarlo hasta el lugar donde se ha de realizar la operación. Porque si no consigo atravesar los torbellinos por la órbita exacta, todo este trabajo no habrá servido de nada. Lo mismo puedo llegar a Harndor cien años después o trescientos antes... y lo que conviene es llegar en el momento apropiado.

—Sí, ésa es la dificultad —convino Flandry pensativamente—. Pero los piratas conocen la ruta exacta. Naturalmente, sus naves disponen de grabaciones para las computadoras que marcan las órbitas. Si pudiéramos apoderarnos de una de esas cintas... Es lo único que me falta, Marty.

Burns se pellizcó pensativamente el labio inferior.

—Se me está ocurriendo una idea... —pero no tuvo tiempo de seguir hablando, porque Arvinia llegó en aquel momento, terriblemente excitada.

— ¡Ya sé quién es el traidor! —exclamó.



Los dos hombres se volvieron inmediatamente hacia la muchacha.

—Su nombre —exigió Flandry.

—Emorr Bahy.

— ¿El coordinador de Finanzas? —El mismo, profesor.

—Debemos deducir que has visto a Piet entregarle la carta que recibió de manos de Shura —terció Burns.

—Sí lo he visto —confirmó ella.

—No entiendo —dijo Flandry—. ¿Por qué ha de estar mezclado Bahy en esta criminal conspiración?

—Tal vez lo sepamos muy pronto —manifestó el joven—. Pero la idea que se me había ocurrido es la siguiente: Opino que el traidor debe de conocer exactamente la ruta precisa para atravesar los torbellinos sin dificultades.

— ¿Es que piensas ir a Harndor? —adivinó Arvinia, muy temerosa.

—Desde luego. Arvinia, tú sabes dónde vive Bahy. —Sí, desde luego.

—Si tiene documentación o algo que lo relacione con los piratas, no lo guardará precisamente en su despacho oficial. Por tanto, pienso que lo tendrá en su casa... —Burns se volvió impetuosamente hacia Flandry—. Profesor, usted es físico, pero ¿no conoce a nadie que pueda prepararnos un gas narcótico?

—Tengo un buen amigo, una notabilidad en cuestiones químicas —respondió el interpelado.

—Hable con él, antes de que Bahy tenga tiempo de montar una vigilancia sobre usted, y pídale...

Flandry se mostró completamente de acuerdo con la petición del joven. Fue hacia el videófono, marcó unas cifras, habló con alguien y, unos minutos más tarde, se volvió hacia la pareja:

—Tendrás preparado el gas dentro de veinticuatro horas —anunció.

* * *

El silencio era absoluto en las inmediaciones de la casa. Moviéndose con sigilo, Burns y la muchacha llegaron al pie de una de las ventanas.

Burns había llevado consigo un minúsculo taladro, que le había proporcionado Arvinia. Con la broca, que giraba a más de veinte mil revoluciones por minuto, practicó un diminuto orificio en uno de los cristales.

El taladro no hizo el menor ruido ni quebró el cristal. Una vez conseguida la perforación, Burns acercó el recipiente lleno de gas narcótico al agujero y abrió la espita.

Cuando se vació el recipiente, lo retiró y consultó su reloj.

—Debemos esperar un cuarto de hora —dijo—. El químico amigo de Flandry asegura que los efectos del gas duran un par de horas para quien lo aspira. Sin embargo, se disipa en la atmósfera y ya es inofensivo, pasados quince minutos.

—Está bien —contestó ella.

Aguardaron pacientemente. Cuando hubo transcurrido el plazo señalado, Burns abrió la ventana.

Momentos después, se hallaban en un espacioso dormitorio. Dos personas dormían apaciblemente en el lecho.

—Bahy y su esposa —señaló Arvinia.

—Ella, quizá, no está enterada de que su marido es un traidor. No se lo diremos nosotros, naturalmente.

Burns encendió la luz y se acercó a la cama. Sacudió a Bahy por un hombro y le obligó a abrir los ojos. —Despierta, Emorr... Despierta... El hombre se sentó en la cama y le miró torpemente. —¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

— ¿Tienes una cinta con la grabación de la órbita precisa para atravesar los Torbellinos de Rut-Vlank?

—Sí.

Burns se volvió triunfalmente hacia la muchacha.

— ¿Qué te dije? —murmuró sonriendo. Luego se encaró de nuevo con Bahy—. ¿Dónde guardas la cinta?

—En mi caja fuerte particular.

—Dame la combinación.

—Tres cero seis seis cinco nueve uno nueve.

—Gracias. Emorr, vas a seguir durmiendo. Despertarás con toda normalidad y no recordarás jamás que hemos estado aquí.

—Sí —dijo Bahy lacónicamente.

—Eso es todo. ¡A dormir y a olvidar nuestra visita!

Bahy se tendió de nuevo. Giró un poco, quedé di costado en la cama y cerró los ojos.

—Ese gas es maravilloso —sonrió el joven—. bien, vamos a buscar la cinta...

—Cuando Bahy note su falta, sospechará algo — manifestó ella aprensivamente.

Burns señaló la mochila que tenia a la escalda.

—Flandry es un tipo previsor y me ha dejado una grabadora, que nos permitirá sacar una copia de la cinta. Ahora bien, por precaución, me llevaré el original y dejaré la copia, ¿comprendes?

—No está mal pensado —aprobó ella—. Por cierto, me he enterado de que la nave secreta del profesor tiene capacidad suficiente para dos personas.

—Sí, es cierto... ¿Eh, qué diablos estás pensando? —se alarmó el joven.

Arvinia sonrió.

—Yo ocuparé la segunda plaza de esa nave —contestó.

Burns la miró fijamente y, en aquel momento, supo que nada ni

nadie conseguiría que Arvinia se desdijera de la decisión que acababa de tomar.

## CAPÍTULO VIII

Dormía placenteramente, cuando alguien entró en su habitación y le sacudió con fuerza.

— ¡Despierta, Marty! ¡Despierta! ¡Pronto, por favor! —gritó Arvinia descompuestamente.

Alarmado, Burns se sentó en el lecho.

— ¿Qué sucede? —preguntó.

—Han llegado los piratas.

— ¿Qué? —exclamó él, atónito.

—Ya lo has oído. Han convocado una reunión para dentro de dos horas en la plaza central. Conoces el lugar, supongo.

Burns hizo un gesto de asentimiento. Lo qué Arvinia llamaba plaza central era un inmenso espacio abierto, con capacidad para casi un millón de personas.

—Muy bien —dijo—. Nosotros no asistiremos a esa reunión. Flandry debe de tener ya todo dispuesto y partiremos inmediatamente hacia Harndor. Espérame en la sala; estaré listo dentro de diez

minutos.

—Te prepararé un poco de café —manifestó ella, mientras abandonaba el dormitorio.

Burns saltó de la cama y corrió al baño, preguntándose si la inesperada llegada de los piratas tendría algo que ver con sus proyectos. Pero, por el momento, no cabía perder el tiempo en especulaciones. Lo que interesaba era salir de allí cuanto antes.

En pocos minutos, terminó su aseo. Cuando salió, Arvinia le dio una taza de café, que él apuró precipitadamente.

Luego agarró a la joven por un brazo y tiró de ella hacia la puerta.

—Vamos, aprisa, aprisa...

Al llegar a la puerta, abrió con la mano libre. Dio un par de pasos en el exterior y se detuvo bruscamente, como si le hubiesen clavado los pies al suelo.

Delante de la casa había un semicírculo de hombres vestidos de rojo y verde, todos ellos con las pistolas de luz sólida en las manos. Los rostros de los harndoritas eran duros, carentes de piedad. Burns adivinó que dispararían a la menor ocasión y ahora, se dijo, no estaba a más de setenta u ochenta pasos de distancia de aquellas armas tan mortíferas.

Un hombre se destacó de pronto hacia ellos. Sus ropas eran harabitas. Arvinia hizo un gesto de repugnancia al reconocerlo.

—Tú... miserable traidor...

Warkenoer se encogió de hombros.

—Todo depende del punto de vista de cada cual —respondió cínicamente.

—Sí, claro..., pero... ¿por qué, Piet? ¿Por qué lo hiciste? —se lamentó la muchacha.

Los ojos de Warkenoer brillaron de repente con una luz malsana.

—Me dejaste plantado, ¿lo recuerdas?

—Nuestros caracteres no congeniaban en absoluto —se defendió

ella.

—Estás mintiendo. Te considerabas superior a mí, porque habías ingresado en la clase escogida de los pensadores. Te habías vuelto vanidosa, llena de orgullo, desdeñosa hacia los que no eran como los demás.

—Fue una época muy corta —protestó Arvinia—. Sí, admito tus razones en este aspecto, Piet. No pude evitarlo; me envanecí tontamente..., pero supongo que eso son solamente debilidades y* flaquezas del carácter humano, que se pueden corregir a poco que se esfuerce uno por conseguirlo. Sin embargo, tú tampoco eras mucho mejor que yo. No congeniábamos ni nos habríamos avenido, aunque yo no hubiera ingresado en la clase de los pensadores. Por eso fue mejor romper el compromiso.

—Pero usted dejó que sus sentimientos personales se impusieran al bien común y se volvió un traidor a los suyos —acusó Burns.

—Traidor por despecho —añadió Arvinia.

—La clase de los pensadores ha quedado totalmente exterminada. Sólo tú eres la única superviviente. Pero no por mucho tiempo.

Burns sintió una especie de garra helada que le oprimía el corazón. Fue a decir algo, pero Warkenoer agitó una mano, a la vez que retrocedía unos cuantos pasos:

— ¡Llévenlos a la plaza central! —ordenó.

* * *

Desde el aire, Burns podía ver las espesas columnas de gente que se dirigían al lugar de la reunión. Centenares de pequeñas naves evolucionaban por los aires, con sus tripulantes vigilando atentamente los menores movimientos de la muchedumbre.

Millares de piratas, en tierra, empujaban a las personas como si fuesen ganados. Burns creyó que soñaba.

—Y esto sucede en pleno siglo treinta, cuando se suponía que el

futuro iba a traer la paz y la felicidad para los humanos —dijo sin poder contenerse.

—El estado natural del ser humano es la guerra —declaró Warkenoer pomposamente—. Y en la guerra se ganan batallas y se consigue el dominio sobre otros semejantes. Eso es lo único que cuenta, capitán Burns.

—Incluida la traición —dijo Arvinia incisivamente.

—Lo que tú llamas traición no es sino una forma de combatir, distinta a las convencionales —replicó el otro con frialdad.

Minutos más tarde, la nave harndorita tomaba tierra en un lado de la enorme explanada. Burns apreció que se había levantado un estrado, en el que había varias personas.

Una de ellas era un hombre de gigantesca corpulencia, de cabellos negrísimos, nariz aguileña y ojos de perro de presa. No llevaba insignias sobre su vestimenta, pero bastaba verle para saber que no podía ser sino el jefe de los piratas.

De pronto, se produjo un tremendo alboroto en uno de los ángulos de la plaza.

Varios harabitas trabaron una furiosa lucha con algunos piratas, tratando de arrebatarles las armas. Chasquearon las pistolas y se vieron brillar los intolerables resplandores de las descargas de luz sólida.

Un par de piratas resultaron carbonizados por sus propias armas. Pero los nativos estaban en inferioridad numérica y en pocos segundos fueron aniquilados por un pelotón de piratas que acudió a la carrera.

El orden se restableció en pocos segundos. Burns volvió la vista hacia el estrado.

Kiren sonreía satisfecho, lo mismo que Shura, a su lado. Aquella pareja, se dijo, era la dueña de dos planetas, uno de los cuales era explotado hasta la saciedad.

«Sí, los harabitas son las abejas de la colmena y ellos se llevan la miel», pensó amargamente.

Todavía pasó un buen rato antes de que la plaza estuviera llena. Entonces, Kiren se acercó a un micrófono:

—Harabitas —gritó—. Necesitamos un millar de voluntarios para trabajar en Harndor. Es preferible que los hombres jóvenes y robustos se presenten voluntariamente, ahorrándonos la molestia de elegir forzosamente. Los que vengan a Harndor, permanecerán allí diez años, al cabo de cuyo tiempo, serán repatriados sin condiciones. Pensadlo bien: los voluntarios evitarán penalidades a otros que no se sientan con fuerzas para afrontar las duras tareas que esperan en Harndor. A pesar de todo, los trabajadores estarán bien tratados, debidamente alimentados y alojados en lugares perfectamente atendidos en el aspecto higiénico. El que enferme, será hospitalizado y tratado como uno de nosotros. Eso es todo.

Hubo un inmenso murmullo entre la multitud. Por un momento, Burns pensó que nadie se iba a presentar voluntario.

Pero luego, un joven adelantó unos cuantos pasos y se situó ante el espacio que había despejado ante el estrado.

—Me presento voluntario para trabajar en Harndor —declaró.

Otros más surgieron de la muchedumbre. Los piratas les congregaron ordenadamente, por hileras de veinte hombres en fondo. De pronto, Arvinia se sintió furiosa.

—Miserable... Ahí tienes a esos muchachos que abandonan voluntariamente su planeta por diez años... para beneficio tuyo y de unos cuantos canallas como tú...

Burns se sentía terriblemente inquieto. Se preguntó si los piratas habrían arrestado al profesor. En tal caso, todos los proyectos elaborados podrían considerarse como papel mojado.

Media hora más tarde, se había completado el número de trabajadores que iban a ser transportados a Harndor. De repente, Shura extendió una mano:

— ¡El capitán Burns trabajará para mí! —ordenó.

Dos piratas corrieron hacia el joven. Burns se sentía atónito.

Antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa recibida, oyó la voz de Kiren:

—La pensadora Arvinia Zydon es nuestra prisionera y se vendrá con nosotros —decidió.

Arvinia comprendió que toda resistencia sería inútil. Con ojos llenos de lágrimas, vio al joven que marchaba hacia el estrado, en donde Shura aguardaba sonriendo de un modo extraño.

Una mano tocó su hombro.

—Ven, sígueme —ordenó un pirata.

Casi sin ver, con los ojos enturbiados por el llanto, Arvinia echó a andar en pos del harndorita.

* * *

Estaba en un camarote de reducidas dimensiones, en el que sólo había lo más indispensable. Era realmente un calabozo a bordo de la nave insignia de la flota pirata.

Llevaba veinticuatro horas encerrado en el camarote, aunque hasta el momento no se podía quejar del trato recibido. Le habían servido tres comidas, abundantes y nutritivas, y no le habían efectuado sobre él ningún signo de violencia.

De pronto, cuando menos lo esperaba, se abrió la puerta.

Un pirata de rostro ceñudo apareció en el umbral.

—Shura te aguarda en su cámara. Sígueme.

—Sí, desde luego.

Burns sabía que era inútil resistirse. En aquella inmensa nave había más de quinientos piratas. Cualquier intento que realizase por escapar, estaba condenado al fracaso de antemano.

Momentos después, entraba en una espaciosa cámara, lujosamente decorada en rojo y oro. Shura estaba tendida sobre un cómodo diván y le miró sonriendo.

— ¿Te extraña mi llamada, capitán? —preguntó.

Burns contempló a la mujer durante unos segundos. Ella vestía ahora una especie de peinador blanco, bajo el cual se adivinaban unas prendas mínimas, que apenas cubrían sus formas opulentas. Las

piernas, largas, de mórbidos contornos, quedaban casi completamente al descubierto y el pelo caía suelto sobre los hombros.

Encima de una mesa baja vio un enorme cuenco de oro puro repleto de toda clase de frutos. También había algunas botellas y varias copas de cristal tallado.

«Viven bien estos malditos», pensó.

Su silencio duró muy poco. Al cabo de unos segundos, hizo una profunda reverencia.

—Soy tu humilde servidor. Tú mandas y yo obedezco —contestó.

Las cejas de Shura se alzaron en inequívoco gesto de sorpresa.

—Pensé que te resistirías... —dijo, desconcertada—. Francamente, creí que ibas a prorrumpir en improperios contra nosotros.

—Nunca me ha gustado nadar contra la corriente, señora.

—Ah, prefieres dejar que te arrastre.

—Una vez, cuando era un niño todavía, vi a un compañero de colegio que se peleaba él solo contra cinco o seis más. Los otros le dieron una buena paliza y luego vinieron hacia mí.

— ¿Qué pasó? ¿Te apalearon también?

—No. Me puse de su lado.

Shura lanzó una estridente carcajada.

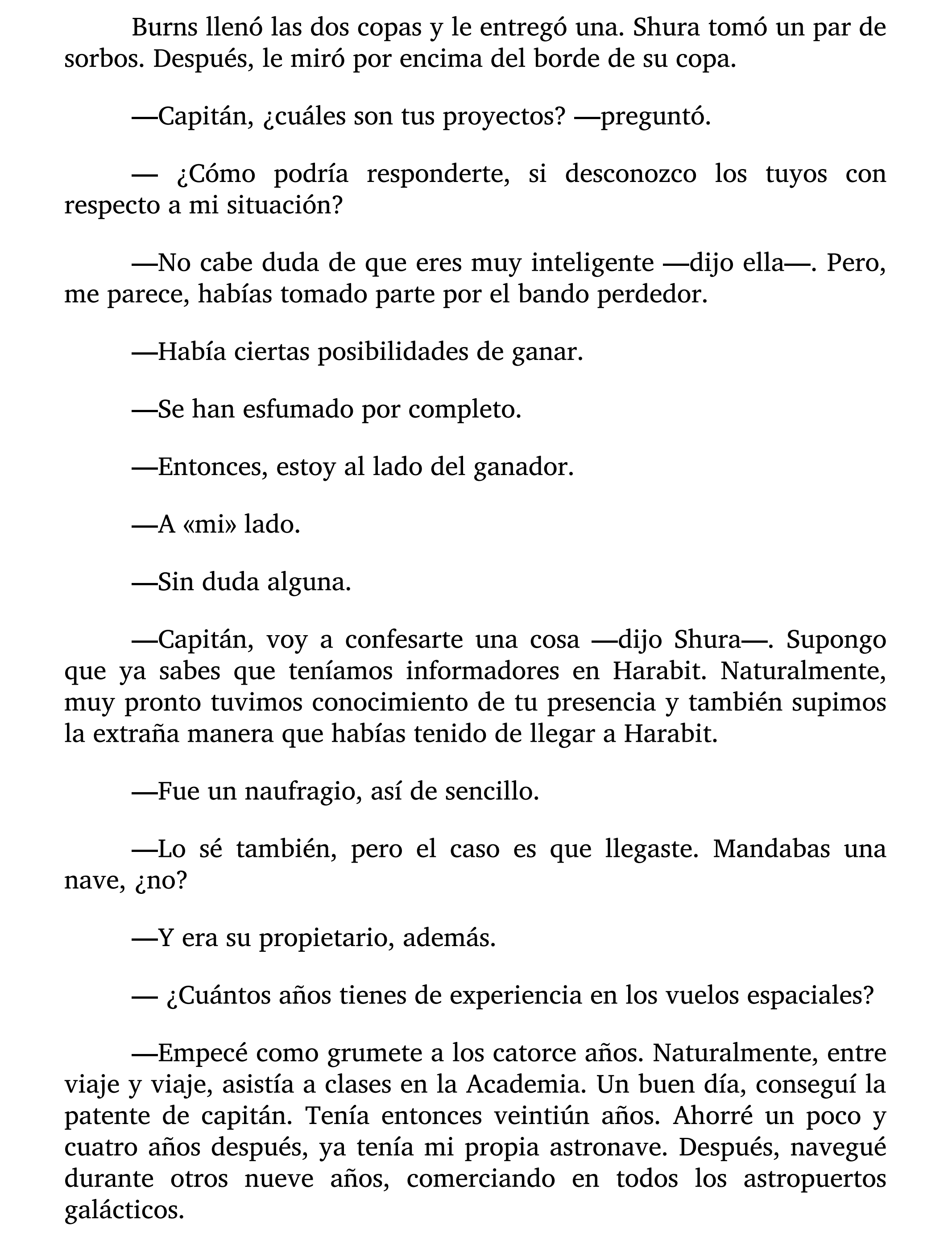
—Eres astuto, capitán —dijo—. Lo que has dicho, ¿significa que te pones de nuestro lado?

—No sabes expresarte bien. Yo diría mejor que me pongo de «tu» lado.

Ella le miró en silencio durante unos instantes. Luego volvió a reír y se incorporó un poco.

—Sirve dos copas, ¿quieres?

—Con mucho gusto.



Burns llenó las dos copas y le entregó una. Shura tomó un par de sorbos. Después, le miró por encima del borde de su copa.

—Capitán, ¿cuáles son tus proyectos? —preguntó.

— ¿Cómo podría responderte, si desconozco los tuyos con respecto a mi situación?

—No cabe duda de que eres muy inteligente —dijo ella—. Pero, me parece, habías tomado parte por el bando perdedor.

—Había ciertas posibilidades de ganar.

—Se han esfumado por completo.

—Entonces, estoy al lado del ganador.

—A «mi» lado.

—Sin duda alguna.

—Capitán, voy a confesarte una cosa —dijo Shura—. Supongo que ya sabes que teníamos informadores en Harabit. Naturalmente, muy pronto tuvimos conocimiento de tu presencia y también supimos la extraña manera que habías tenido de llegar a Harabit.

—Fue un naufragio, así de sencillo.

—Lo sé también, pero el caso es que llegaste. Mandabas una nave, ¿no?

—Y era su propietario, además.

— ¿Cuántos años tienes de experiencia en los vuelos espaciales?

—Empecé como grumete a los catorce años. Naturalmente, entre viaje y viaje, asistía a clases en la Academia. Un buen día, conseguí la patente de capitán. Tenía entonces veintiún años. Ahorré un poco y cuatro años después, ya tenía mi propia astronave. Después, navegué durante otros nueve años, comerciando en todos los astropuertos galácticos.

—Harías una fortuna, supongo.

—Lo que me queda servirá para pagar mis deudas. Perdí la astronave, con toda su carga, y además, en una zona del espacio donde no quedan restos. Por tanto, no podré reclamar la

indemnización del seguro. Pero, claro, todo eso sucedería si pudiese volver a mi época, cosa en la que no sueño siquiera.

—Eres hombres que sabe acomodarse a las circunstancias. Capitán, necesitamos gente de tu clase. Te ofrezco el mando de una astronave, pero habrás de obedecer estrictamente mis órdenes y no las de otra persona.

— ¿Ni siquiera las órdenes de Kiren? —se asombró Burns.

—Palstro Kiren es el jefe supremo y yo la segunda en el mando, pero tenemos cierta independencia en algunos aspectos. Por ejemplo, cuando se trata de hacer una incursión en Harabit, él ordena y yo obedezco. Pero hay momentos en que hago cosas de las que no tengo que rendirle cuentas en absoluto.

— ¿Cuáles son esos momentos, Shura?

—Te lo diré crudamente: piratear en el espacio.

Sobrevino una pausa de silencio. Burns apuró su copa.

Luego dijo:

— ¿Puede un hombre del siglo veintitrés capitanear con éxito una astronave construida cinco siglos más tarde? —preguntó.

—Siete siglos. La nave que utilizarás ha sido construida en Harabit, en el siglo treinta.

—Yo estoy habituado a un tipo de naves infinitamente más anticuado…

—Capitán, no se trata de la técnica, sino más bien de la psicología. Mis hombres son duros e implacables, y tengo algunos técnicos muy buenos, pero en general, carecen de la capacidad necesaria para el mando de una nave. Además, tú eres inteligente y en pocas semanas podrías aprender lo que ignoras. Serías el mejor comandante de astronave que he tenido jamás… y podrías conseguir sin dificultad una cuarta parte del botín.

—Piratear en el espacio —murmuró Burns pensativamente—. Y no tendrás que rendir cuentas a Kiren.

—En eso somos absolutamente independientes —insistió Shura.

—Muy bien, de acuerdo. Seré tu capitán de nave pirata. Pero

antes quiero un premio.

— ¿Qué premio? —preguntó ella.

Burns se acercó a Shura y, de un manotazo, le arrancó el peinador, dejándola con unas prendas de exiguo tamaño y que apenas si ocultaban sus numerosos encantos.

— ¡Eh!, ¿qué vas a hacer ahora? —exclamó la mujer.

—Cobrarme el premio que mencioné antes —sonrió Burns.

—Bueno, pero...

—Todavía tienes mucha ropa encima —dijo él en tono que no admitía lugar a dudas sobre sus intenciones.

## CAPÍTULO IX

Caminaba a lo largo del corredor de la lujosa residencia en que se alojaba, cuando, de pronto, divisó una puerta entreabierta. Llevado por su curiosidad, terminó de abrirla y recibió una sorpresa mayúscula al ver a Arvinia.

La joven estaba sentada en un cómodo sillón, con los ojos cerrados. Burns se asombró de verla en aquella postura.

Miró a derecha e izquierda. En aquellos momentos, no había nadie a la vista, de modo que se coló en la estancia y cerró la puerta a sus espaldas.

La puerta hizo algo de ruido. Arvinia pareció despertarse.

— ¡Marty! —exclamó—. ¿De dónde sales?

Burns se puso un dedo en los labios.

—No levantes la voz —recomendó—. Te he encontrado por pura casualidad... He tratado de investigar tu paradero, pero Shura se negaba siempre a decirme dónde estabas...

—Shura —ella hizo un gesto de repugnancia—. Te has convertido en el amante de esa sanguinaria mujer...

—No exactamente, aunque tampoco he de negar que algo ha habido entre nosotros. Pero si me permites explicarte...

—No, no te lo permito —cortó ella airadamente—. Francamente. Marty, llegué a confiar en ti, pero ya veo que me equivoqué. En el fondo, eres lo mismo que Piet.

Burns alzó los ojos al techo.

—Mujeres, todas dicen las mismas palabras... ¿es que no te das cuenta de que tuve que hacerlo si quería conseguir algo positivo? ¿Qué querías que hiciese? ¿Insultarla en nuestra primera entrevista? ¿Iba a decirle «Prefiero la muerte a colaborar con vosotros»? Oye, pedazo de tonta, si los piratas tienen espías entre los harabitas, ¿por qué no puede suceder lo contrario?

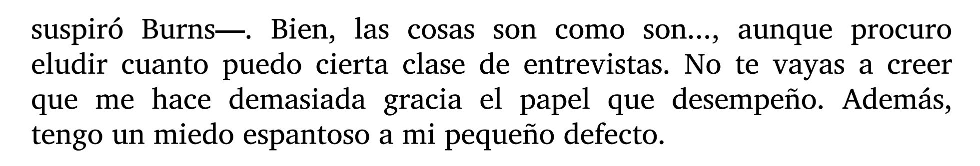
Los ojos de la muchacha se dilataron.

— ¿Eso te consideras, Marty?

—En cierta forma, sí. Mira, Shura me ofreció de inmediato el mando de una astronave, para piratear por el espacio. Dice que soy el hombre adecuado y cuando me lo pensé bien, llegué a la conclusión de que no serviría de nada mostrarme en actitud irreductible. Ahora puedo ir libremente por todas partes, abrir cualquier puerta y nadie desconfía de mí.

—Y, por las noches, claro, disfrutas de la compañía de esa golfa.

—Veo que el lenguaje no ha cambiado nada en siete siglos —


suspiró Burns—. Bien, las cosas son como son..., aunque procuro eludir cuanto puedo cierta clase de entrevistas. No te vayas a creer que me hace demasiada gracia el papel que desempeño. Además, tengo un miedo espantoso a mi pequeño defecto.

— ¿Qué defecto? —preguntó Arvinia.

—A veces, hablo en sueño. En esos momentos, se dice la verdad. Imagínate lo que diría Shura si se enterase de lo que pienso realmente.

—Bueno, si las cosas son como dices... —Arvinia parecía haberse aplacado y él respiró satisfecho.

Le había contado una mentira para justificarse, aunque, realmente, no se sentía muy contento de un papel que, estimaba, era poco más que el de un zángano apareado con la abeja reina.

—Y tú, ¿qué diablos haces aquí? —preguntó, pasados unos segundos.

—Me tratan muy bien. Kiren quiere que piense. —Pensar... ¿en qué, Arvinia?

—Casi todos los días viene a verme y me pide soluciones para sus problemas. Las minas en donde trabajan los deportados, sus relaciones con los subordinados... Yo le digo lo que me parece y él se marcha tan contento.

—Vaya, también colaboras, a lo que se ve —sonrió Burns maliciosamente.

—Sólo de labios para afuera. No lo hago de corazón, aunque harto me doy cuenta de que no tengo otro remedio que hacerlo.

Burns la miró críticamente.

—Eres muy guapa —dijo—. ¿No has inspirado ciertos sentimientos en ese oso de dos patas?

—Soy una extranjera. Como mujer, le resulto simplemente indiferente. Pero ya me estoy cansando... Un día puede darse cuenta de que no hago más que engañarle...

— ¿Sabes algo del profesor?

—Ni idea, Marty.

Burns se pellizcó el labio inferior. De pronto, chasqueó los dedos.

—Creo que ya tengo la solución —exclamó—. Arvinia, voy a ver si consigo enrolarte en mi tripulación de piratas.

Ella se espantó.

— ¡Marty! ¿Te has vuelto loco? ¿Crees que sería capaz de salir a piratear por el espacio?

— ¿Y yo? ¿Piensas que sería capaz también de cometer semejantes crímenes? Pero es la única forma que tengo de conseguir una astronave, Arvinia. Si no podemos derrotar a los piratas, al menos tú y yo trataremos de intentar la fuga.

— ¿Hemos de desistir de nuestros planes? ¿Todo lo que debemos hacer es escapar, olvidándonos de los demás?

—Arvinia, eres una pensadora —contestó él—. Sí, Flandry elaboró ciertos planes y yo los conozco, pero sin sus instrumentos, no podemos hacer nada. Yo estaba dispuesto a venir aquí solo, jugándome la vida por vosotros, y no me importaba en absoluto. Pero si no puedo hacer nada, ¿he de resignarme a permanecer aquí para siempre?

Burns se acercó a un ventanal y contempló la gigantesca torre, de más de seiscientos metros de altura, rematada en su extremo superior por una colosal antena de forma cónica, que giraba lentamente sobre un eje, de modo que en todo momento estuviese orientada al sol de Harndor.

—Esa torre, con cuatro más, absolutamente idénticas, son la sangre y la vida de Harndor —continuó—. Los planes de Flandry incluían su destrucción y, de este modo, los piratas habrían quedado tan inermes como chiquillos. Pero si no puede ser así, ¿de qué sirve resignarse a vegetar aquí el resto de nuestras vidas? ¿Te gustaría a ti pasar toda tu existencia sentada en ese sillón pensando sobre materias sin sentido?

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Arvinia le miró fijamente.

— ¿Cuál es tu plan para enrolarme en la tripulación? —inquirió.

—Tengo que pensarlo bien —respondió él—. Todavía me faltan

un par de semanas, para que la nave esté alistada por completo. Mientras, yo procuro entrenarme para su manejo, aunque llevo algunos pilotos mucho más expertos que yo. Pero Shura sostiene que a esos hombres les falta experiencia en el mando y, por lo tanto, yo seré el capitán, con plena autoridad. Y la usaré, para traerte a bordo.

—Ella no lo permitirá, Marty.

—Ya veremos —Burns sonrió enigmáticamente—. ¿Es éste tu alojamiento?

—Sí, desde luego, aunque salgo con frecuencia a pasear. Pero siempre me acompaña un guardia armado, que no me pierde de vista ni un instante.

—Muy bien, sigue como hasta ahora y no des a entender que nos hemos visto. Volveré lo antes que pueda, te lo aseguro.

Burns corrió hacia la puerta y la abrió un poco. Exploró el corredor con la mirada y luego, al ver que no había nadie, se decidió a salir.

Apenas había cruzado el umbral, sintió una mano que lo agarraba por el cuello.

—No te muevas o te convierto en carbón —oyó una voz amenazadora.

* * *

Burns se quedó quieto en el acto. El pirata apoyó en su espalda la pistola de luz sólida.

—Qué hacía ahí adentro, ¿eh? ¿No sabes que nadie puede entrevistar a la pensadora, sin permiso de Kiren? Bien, ahora mismo te llevaré a su presencia y, créeme, no lo pasarás muy bien...

Burns se vio perdido. Por mucha influencia que Shura tuviese sobre el jefe de los piratas, no podría evitar que Kiren hiciese algo que no le iba a resultar precisamente agradable.

—Camina —ordenó el centinela—. Y no hagas el menor

movimiento sospechoso o...

— ¿Me llevas a presencia de Kiren? —preguntó el joven.

—Claro. ¿Adónde te piensas que vamos, estúpido? Cuando él se entere de lo que has hecho, ordenará que te corten en pedazos.

—Nos cortarán a los dos, muchacho.

— ¿Qué estás diciendo? —respingó el pirata.

— ¿Dónde estabas tú cuando yo entré en la habitación de la pensadora? Te dieron orden de vigilarla en todo momento, sin perderla de vista un solo segundo. Yo he estado con ella casi media hora y tú no has dado señales de vida hasta que he salido. ¿Crees que a Kiren le gustará saber que no cumples sus órdenes?

—Bueno, tuve que ir al baño...

—Podías haber llamado a alguien, ¿no?

El pirata lanzó una maldición en voz baja. Burns se echó a reír, porque se daba cuenta de que su treta iba a tener éxito.

—Mira, muchacho... Por cierto, aún no sé tu nombre —dijo.

—Zolko Durril —contestó el hombre de mal talante.

—Bien, Zolko. Escúchame con atención. Tú te callas y no dices nada de mi entrevista con la pensadora y yo no diré tampoco nada del abandono de tu puesto de centinela. Favor por favor, ¿eh?

—Maldita sea, me tienes agarrado por el pescuezo —se quejó Durril.

—Yo diría que es al revés, pero no importa —Burns se quitó la mano que el pirata tema aún en su nuca—. Anda, vuelve a tu puesto y haz como si no hubiera sucedido nada. ¿De acuerdo?

—Está bien, lo olvidaré..., pero no lo repitas más. La próxima vez no me callaría. Y Kiren me creería a mí y no a ti, ¿entendido?

—Conforme, Zolko.

Burns se marchó, respirando aliviado por haber sabido resolver sin dificultades aquel crítico momento. A Durril tampoco le convenía que se conociera el incidente. Callaría, estaba seguro de ello.

Luego, en su alojamiento, se dedicó a pensar en la mejor forma de enrolar a Arvinia en la nave pirata de la que iba a ser comandante.

Y cuando estuvieran a bordo, ¿cómo conseguirían apoderarse de la nave? ¿Adónde se dirigirían después?

Eran problemas que estimaba de difícil solución, se dijo.

«Pero no son imposibles de resolver», concluyó así sus reflexiones.

* * *

Terminó el recorrido por la cabina de mandos y se volvió hacia su acompañante.

—Creo que todo está ya listo —dijo.

—Pienso lo mismo, capitán —respondió el hombre que iba a ser su segundo en el mando—. Ya sólo falta elegir la tripulación y zarpar cuanto antes hacia el espacio.

—Estoy de acuerdo contigo. Ah, a propósito, ¿has incluido la grabación de la travesía de los torbellinos?

El hombre sonrió.

—Por supuesto. Ninguna nave saldría al espacio sin las grabaciones correspondientes. Pero habrás de permitirme que te recuerde que están bajo mi custodia personal. Tu rango no te autoriza a utilizar esas cintas.

—Lo sé, lo sé. Y también sé que ello os permite atravesar los torbellinos y aparecer en la época que se os antoja. —

Muy cierto, capitán.

—Gracias, eso es todo. Ahora iré a entrevistarme con Shura y le informaré de que estamos listos para zarpar cuando ella lo disponga. Ah, otra cosa: tú te encargarás de contratar a la tripulación. Confío en tu buen juicio, para elegir los hombres adecuados.

—No tendrás queja de ellos —sonrió el segundo—. Antes de

veinticuatro horas, tendré el rol completo. Puedes irte tranquilo, capitán.

—Perfectamente.

Burns se llevó la mano a la sien y se dirigió en busca de la escotilla de salida. Al cruzar el umbral, lanzó una nueva mirada hacia la alta torre que dominaba la ciudad de los piratas.

— ¿Por qué no tendré aquí al profesor? —masculló, mientras subía al pequeño aeromóvil que le iba a transportar a la residencia de Shura.

Un cuarto de hora después, llamaba a la puerta del alojamiento de Shura.

—Adelante —dijo ella.

Burns abrió la puerta. Shura le miró desde el diván en que se hallaba reclinada.

—La nave está lista —dijo él.

—Una buena noticia, sólo que tú no la mandarás —contestó Shura.

Burns arqueó las cejas.

—Has..., has cambiado de opinión...

—Estuviste hablando con la pensadora. Vas a enrolarla en tu tripulación y piensas apoderarte de la nave y escapar hacia cualquier parte, pero lejos de Harndor, ¿no es así?

El joven se dijo que ya no sería de nada negar la evidencia.

— ¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

Shura hizo un gesto con la mano. Unas cortinas se apartaron y Durril apareció ante los ojos de Burns.

—Es un buen hombre y vino a contármelo todo —explicó—. Cuando supe que te habías entrevistado con la pensadora, hice que la interrogasen.

—Mediante torturas —rugió el joven.

—No hizo falta. Un poco de gas hipnótico fue suficiente para que ella lo contase todo.

— ¿Puedo saber, al menos, dónde está Arvinia en estos momentos?

—No, no pienso decírtelo. La verdad, llegué a confiar en ti, pero ya veo que has sabido engañarme muy bien. No te lo perdonaré nunca, Marty Burns.

— ¿Qué vas a hacer ahora conmigo, Shura?

—De momento, te encerraré. Eres mi prisionero particular y nadie me pedirá cuentas si mando que te corten en rodajas o que te metan en una caldera de aceite hirviendo.

Shura volvió a hacer otro ademán y dos hombres armados irrumpieron en la estancia.

—Lleváoslo —ordenó secamente.

—Esperad un momento —rogó el joven.

Durril sonreía con perversa satisfacción. Súbitamente, Burns levantó el pie derecho y le asestó una terrible patada en la entrepierna.

El pirata rodó por el suelo, lanzado espantosos aullidos. Burns sonrió a su vez, mientras se volvía hacia Shura.

—Si pensaba gozar de tus encantos, como recompensa por su delación, perdió el tiempo —dijo.

En el mismo instante, sintió un fuerte dolor en la cabeza y empezó a doblar las rodillas. Vagamente comprendió que le habían golpeado con algo duro, pero la pérdida de conocimiento sobrevino con enorme rapidez y dejó de ver y oír absolutamente.

# CAPÍTULO X

Un cuerpo humano fue lanzado al interior de un penumbroso calabozo y rodó por el suelo. Burns quedó inmóvil, parcialmente despierto y quejándose a media voz a causa del dolor que le causaba el golpe recibido minutos antes.

—Vaya, parece que al fin tengo compañía —percibió una voz de tonos joviales—. ¿Te han dado fuerte, compañero?

Burns no contestó. Sentíase aún demasiado débil para despegar siquiera los labios. El desconocido se le acercó y él, sin verlo, notó que se disponía a ayudarle.

Un chorro de agua fresca cayó sobre su cabeza. Burns agitó levemente una mano.

—Gracias, amigo…

—No se merecen —contestó el desconocido—. Ven, te ayudaré a echarte en mi camastro. No hay más que uno, así que vamos a tener problemas de alojamiento. Pero eso no importa mucho ahora.

Burns hizo un esfuerzo y trató de colaborar con el otro prisionero. Al fin, consiguió tenderse en el camastro. El dolor remitía gradualmente y, a los pocos momentos, empezó a sentirse mejor.

—Creo que es hora de que me presente —dijo el desconocido—. Jack Swan, capitán de la *Lilybell.*

—Marty Burns, capitán de la *Golden Oak*. ¿Te han capturado los piratas?

—Sí. Soy el único superviviente de la tripulación. Me habrían despenado, pero resulta que me necesitan vivo.

— ¿Por qué? —se extrañó Burns.

—Mi nave llevaba un cargamento de piedras preciosas, valorado en mil millones. Está encerrado en una caja fuerte muy especial, de tal modo, que nadie que no conozca la combinación puede abrirla. Si se intenta forzarla, la caja explotará y su contenido resultará destruido. Naturalmente, yo no conozco la combinación; eso sólo lo saben el remitente y el destinatario. Pero estos forajidos no quieren creerme y han decidido tenerme una temporada encerrado, a ver si me ablando.

—Has tenido mala suerte, Jack —dijo el joven—. Lo siento por ti; creo que no podré hacer nada. Yo iba a mandar una de sus naves, pero se enteraron por un soplón de que iba a jugarles una mala pasada y decidieron traerme aquí. No sé si me cortarán en rodajas o me meterán en una caldera de aceite hirviendo. Pienso que no importa demasiado; a fin de cuentas, todos tenemos que «diñarla».

—Diablos, vaya una manera de morir —respingó Swan—. Pero ¿de dónde rayos han salido estos piratas? ¿Cómo es posible que las patrullas del espacio no hayan podido dar con ellos?

Burns se sentó en el camastro y miró fijamente a Swan, un hombre bajo, fornido, de unos cuarenta años y rostro enérgico y decidido.

—Jack, dime, ¿recuerdas la fecha en que los piratas asaltaron tu nave? —preguntó.

—Por supuesto. Fue el seis de abril de dos mil doscientos treinta y uno. Pero, ¿a qué demonios viene esto, Marty? Burns respiró profundamente.

—Menos mal —exclamó—. Por fin me encuentro con un hombre de mi siglo.

—No entiendo en absoluto qué quieres decir. Estamos en el siglo veintitrés.

—Te equivocas, Jack. Aquí no estamos en el siglo veintitrés, pero deja que te explique, por favor. Ah, y cuando haya terminado, no vayas a pensar que estoy loco.

* * *

Habían transcurrido veinticuatro horas.

Burns se desesperaba, porque desconocía en absoluto la suerte que había corrido Arvinia. Quizá Shura, celosa, la había hecho matar, pensaba en repetidas ocasiones.

Y si era así, algún día mataría a aquella sanguinaria mujer con sus propias manos, se prometió a sí mismo, aunque para ello tuviera que dejarse la vida en el empeño.

Swan se paseaba nerviosamente por el interior del calabozo, relativamente amplio, aunque sin ninguna ventana al exterior. Sólo la puerta les permitía comunicarse con los guardias que les traían la comida a intervalos regulares. Pero aún no sabían lo que iban a hacer con ellos.

De pronto, Swan detuvo sus paseos y se encaró con el joven.

—Marty, mi nave está intacta. Los piratas la trajeron aquí. Cuando se enteraron del contenido de la caja fuerte, decidieron que les convenía apoderarse de ella, en lugar de destruirla. Si pudiéramos salir de aquí, nos escaparíamos en la *Lilybell*...

—Primero tenemos que salir de aquí, cosa que no parece demasiado fácil —respondió el joven—. Si no solucionamos ese problema, no vale que sigamos pensando en el asunto.

Swan pateó el suelo con furia.

—Maldita sea... Mira que acabar en el siglo veintiocho... quinientos años después de mi época... Ahora comprendo por qué los piratas no pueden ser capturados jamás. Asaltan una nave en el pasado o en el futuro y vuelven a su época, porque sólo ellos conocen la ruta a través de los torbellinos. ¿No es así, Marty?

—Sí, desde luego.

—En tal caso, aunque consiguiéramos llegar a nuestra nave, lo más que podríamos hacer es escapar, pero sin movernos de esta época.

—Exacto, Jack.

—Pero si tú consiguieras esas cintas, que tienen grabadas las órbitas que permiten atravesar los torbellinos...

—Sería muy difícil.

— ¿Lo estimas imposible?

Burns se acercó a la puerta, de recia plancha de metal, y apoyó en ella su mano.

—Primero, hay que forzarla. Después, reducir al centinela. Hay más piratas en el camino hasta el exterior y todos ellos armados con pistolas de luz sólida. Jack, ¿has oído hablar de esa clase de armas en el siglo veintitrés?

—Francamente, no, ni siquiera las he visto funcionar. Deben de ser terribles, ¿no?

—Carbonizan a una persona en segundos. Aunque tienen un grave defecto, claro. Son ineficaces a más de setenta u ochenta pasos. Pero nunca estaremos a tanta distancia de un centinela, ¿comprendes?

Swan enseñó sus manos con gesto desalentado.

—Entonces, ¿hemos de resignarnos a que hagan con nosotros lo que se les antoje?

Burns no supo que contestar. Swan tenía razón al lamentarse, pero, ¿qué podían hacer ellos en su situación actual?

Lo que más le preocupaba era desconocer la suerte corrida por Arvinia. Pero tampoco podía hacer nada.

«Salvo darme de cabezadas contra la pared», pensó lúgubremente.

Pero no era tampoco ninguna solución. Lo único que podían hacer era esperar y...

Súbitamente, se oyó el ruido de la puerta al abrirse.

— ¡La comida, perros! —anunció uno de los guardianes.

Un individuo, vestido de rojo y verde, entró con una bandeja en las manos. Detrás de él, dos piratas mantenían las manos en las culatas de sus respectivas pistolas.

Burns creyó que deliraba al reconocer al portador de la bandeja. Durante unos segundos, pensó que su mente desvariaba. No, no podía ser; el profesor Flandry estaba muy lejos de allí... a cientos de millones de kilómetros y doscientos años en el futuro.

Pero era él, no cabía la menor duda. Flandry dejó la bandeja encima de la mesa y lanzó una rápida mirada hacia el joven.

Burns hizo un ligero pestañeo de aquiescencia. Swan emitió una interjección desdeñosa:

—En la Tierra, ni los cerdos querrían esta bazofia.

—Puedes comerla o tirarla, a tu gusto —dijo Flandry inexpresivamente—. En esto, tienes una completa libertad.

—Nos la comeremos, descuida —aseguró el joven.

Flandry se marchó. La puerta se cerró con sordo estruendo y entonces Burns casi estuvo a punto de lanzar un alarido de júbilo.

— ¡Jack, ya tenemos quien nos va a ayudar a salir de aquí! —exclamó.

* * *

—No puedo creer en lo que me has contado —dijo Swan minutos más tarde—. ¿Estás seguro de que ese pirata es tu amigo el profesor?

—Absolutamente —contestó Burns—. Le he tratado lo suficiente para no equivocarme, puedes estar seguro de ello.

—Pero, ¿cómo diablos ha podido llegar hasta aquí? No lo comprendo…

—Ya nos lo explicará, descuida. Pero puedes creerme si te digo que el profesor ha encontrado una solución para destruir este mundo de piratas. Naturalmente, nosotros tendremos que ayudarle; no vamos a permitir que él lo haga todo.

—Estoy dispuesto a lo que sea —contestó Swan resueltamente—. Oye, Marty, dime una cosa, por favor. ¿Crees que volveré a mi época?

—No te lo puedo asegurar, Jack. ¿Te gustaría regresar al siglo en que vivíamos?

—Tengo mujer y dos hijos.

—Oh, lo siento de veras…

—Si salgo de ésta, cuando vuelva a la Tierra y a mi época, me clavaré los pies al suelo, para no volver a subir jamás a una astronave, te lo juro.

—Sí, el oficio tiene sus riesgos —convino Burns.

—Y tú, ¿no quieres volver al siglo veintitrés?

—No tengo nada que me ate a la Tierra, a no ser algunos parientes lejanos, que no me echarán en falta. Creo que me quedaré a vivir en el siglo treinta.

—Prolongarás tu… naufragio.

—Muchos náufragos se han quedado a vivir en la tierra a la que fueron arrojados después del hundimiento de su barco. No sería yo el primero, Jack.

—Desde luego, y en cierto modo, te envidio, pero, ya te lo he dicho: mi esposa y mis dos hijos me aguardan allá, en la Tierra, setecientos años antes de este momento, digo quinientos años —Swan suspiró—. No contaré a nadie lo que me ha ocurrido, porque me encerrarían en un manicomio, ¿sabes?

Burns sonrió.

—Realmente, es algo increíble —admitió—. Bien, ¿qué te parece si llenamos la tripa, para acumular energías? Preveo que muy pronto vamos a tener acción, Jack.

—Ya tengo ganas de romper unas cuantas narices —dijo Swan, ceñudo.

* * *

La puerta se abrió bruscamente. Jubilius Flandry apareció en el umbral. Pendiente de su brazo izquierdo llevaba lo que parecía un bulto de ropa.

—Vamos, a vestirse de piratas —ordenó.

Burns y Swan no perdieron tiempo en hacer preguntas. Inmediatamente, se precipitaron sobre los ropajes que les había traído el profesor y empezaron a cambiar de indumentaria. Apenas un par de minutos más tarde, estaban listos.

—Profesor, gracias por haber traído dos uniformes...

—He podido enterarme de los motivos por los cuales estaba encerrado tu compatriota —respondió Flandry—. Por tanto, juzgué conveniente traer dos equipos de ropa completos.

—Muy bien, y ahora, ¿qué, profesor?

Los ojos de Flandry centellearon.

—Ideé un plan —contestó.

—Es cierto —repuso Burns.

—Vamos a llevarlo a cabo, muchachos. Tenemos que destruir para siempre este nido de víboras. Hay que eliminar esta amenaza pública que son los piratas de Herndor.

—Estamos de acuerdo con usted, profesor —dijo Swan—. Marty me ha explicado en qué consiste su plan... ¿Lo tiene todo preparado?

—Sí, desde luego.

—Bien, entonces, ¿a qué esperamos?

Burns extendió una mano.

—Un momento —pidió—. Lo siento, pero no pienso dar un solo paso, sin haber averiguado qué ha sido de Arvinia.

Flandry arrugó el entrecejo.

—La tienen prisionera, supongo.

—Ella y yo pensábamos escapar, creyendo que usted ya no podría hacer nada. Alguien nos delató y a mí me trajeron aquí. Pero no sé qué ha sido de Arvinia...

Flandry puso una mano en el hombro del joven.

—Comprendo —dijo sonriendo—. Bien, creo que es una buena idea tratar de encontrar a esa chica. Pero no puedo concederte un

plazo demasiado largo. Ahora son las diez de la noche. A la una en punto, iniciaré la operación.

—De acuerdo, profesor. ¿Dónde les encuentro a los dos?

—Al pie de la torre del lado Norte, a unos trescientos pasos. Hay unos árboles muy frondosos; aunque sea de noche, sabrás encontrarlos.

—Muy bien. Una última pregunta, por favor. ¿Cómo ha conseguido...?

Flandry se echó a reír.

—El dinero lo consigue todo y algunos piratas son muy sensibles a los billetes harabitas —contestó—. En cuanto a mi viaje hasta Harndor, recuerda que teníamos la copia de las cintas que guardaba Bahy en su casa.

—Sí, eso lo explica todo. Bien, deséenme suerte. Yo también se la deseo a los dos... y si a la una no he llegado con Arvinia, no me esperen ya —se despidió el joven.

# CAPÍTULO XI

Avanzó cautelosamente a lo largo del corredor, con la mano en la culata de la pistola que el previsor Flandry les había proporcionado junto con el uniforme. Minutos más tarde, comprobaba que Arvinia no estaba en la habitación que le había sido asignada a su llegada a Harndor.

Alguien lo sabía, se dijo, dominando difícilmente la ira que le hervía dentro del pecho. Caminó a largas zancadas y, minutos más tarde, ponía la mano en el picaporte de una puerta.

Abrió bruscamente. Sonaron unos gritos de sorpresa.

Dos personas se levantaron del diván. Burns sonrió al ver a Shura desnuda. Durril, a su lado, estaba también sin una sola prenda de ropa encima.

— ¡Marty! —gritó ella.

—Vaya, veo que ese cerdo traidor se ha curado de su... impotencia —comentó el joven cáusticamente—. ¿Te satisface como amante, Shura?

De pronto, Durril reaccionó y se lanzó hacia la pistola que tenía encima de una silla, con sus ropajes. Fríamente, a diez pasos de distancia, Burns lo abrasó con una descarga de luz sólida.

Shura, aterrada, extendió las manos en actitud suplicante. —No me mates… Haré lo que me pidas, pero no…

Burns avanzó hacia ella.

— ¿Dónde está la pensadora? —preguntó.

—En una habitación… contigua al alojamiento de Kiren… Dos hombres la vigilan constantemente… Yo no podría hacer nada por liberarla, aunque quisiera; es su prisionera particular, ya lo sabes, Marty.

El joven reflexionó rápidamente.

—Ya me encargaré yo de soltarla —dijo al final—. Tú tienes un aeromóvil particular. Dime el código de funcionamiento.

—Sí… Sí… Es… F3-H9-0044…

Burns se acercó a ella, mirándola con ojos llameantes.

—Si me has engañado, volveré aquí y te estrangularé lentamente con mis propias manos —amenazó—. De todos modos, no voy a permitir que avises a nadie de mi presencia en este lugar.

La mano del joven se alzó con seco gesto y la culata de la pistola golpeó el mentón de Shura. La pelirroja se desplomó como un fardo.

Burns sabía que estaría sin conocimiento mucho rato, pero, a pesar de todo, quiso asegurarse de que no daría la alarma y rasgó unas cortinas para atarla y hacer una mordaza. Al terminar, apagó la luz y salió de la estancia.

Nadie se acercaría a aquel lugar. Todos pensarían que Shura estaba en compañía de su nuevo amante.

La residencia de Kiren estaba en otra ala del enorme edificio donde residían el jefe de los piratas y su segundo en el mando. Burns avanzó rápidamente, con paso resuelto, saludando decididamente a los centinelas que se encontraba en su camino.

Uno de ellos, sin embargo, le cerró el paso.

— ¿Adónde vas, tú? —preguntó recelosamente.

—Llevo un mensaje privado de Shura para Kiren —contestó el joven sin pestañear.

— ¿A estas horas? —se extrañó el harndorita.

—Shura no me ha dado explicaciones y yo no te las daré a ti tampoco, pero Kiren sí te exigirá que le expliques por qué no me dejas llevarle el mensaje —Burns apartó al pirata con gesto desdeñoso y siguió andando—. Los jefes mandan siempre, no lo olvides, muchacho —agregó como despedida.

Momentos después, estaba ante la puerta del nuevo alojamiento de Arvinia.

Había dos hombres armados a ambos lados de la puerta. Burns decidió que no podía perder un minuto y sacó su pistola.

—Arriba las manos, media vuelta y adentro —ordenó perentoriamente—. No me obliguéis a disparar, muchachos; soy alérgico al olor a carne carbonizada.

Los dos piratas, atónitos, no acertaron a reaccionar y obedecieron en el acto. Uno de ellos abrió la puerta. Burns los empujó sin ceremonias al interior.

Arvinia estaba sentada en un sillón, en su acostumbrad» actitud meditabunda, pero se levantó en el acto al ver irrumpir a tres hombres en la estancia.

— ¿Qué hacéis aquí? —exclamó—. Tenéis orden de vigilarme, pero no se os permite la entrada...

—Calla, Arvinia —cortó Burns sonriendo—. ¿O es que he cambiado tanto que ya no me reconoces?

—Marty... —dijo ella, estupefacta.

—Ven aquí, preciosa. Pasa por detrás de mí y quítales las pistolas a estos energúmenos. Yo vigilaré para que no se muevan en absoluto.

Ella reaccionó con presteza y cumplió la orden en contados segundos.

—Ahora —siguió Burns—, haz tiras de cortinas o de lo que sea.

Hemos de atar a estos dos buenos chicos, para que no avisen de nuestra escapatoria a destiempo.

—Sí, Marty, pero... ¿cómo vamos a salir de aquí? Hay tantos piratas...

—Lo tengo todo solucionado, no te preocupes —contestó el joven con aire de suficiencia.

Unos minutos más tarde, abandonaban la estancia. Con las manos juntas, corrieron hacia una escalera que conducía a las terrazas superiores, en donde había varios aeromóviles.

Burns hizo un gesto de desprecio al contemplar el espectáculo.

—Mira, ni un centinela guardándolos... Kiren confía demasiado en sus fuerzas y no se le ha ocurrido siquiera que alguien pueda sublevarse un día —exclamó.

— ¿Piensas hacer que los deportados se rebelen en masa? —preguntó Arvinia, muy aprensiva.

—No. Tendríamos que perder demasiado tiempo y no podemos permitirnos ese lujo. Pero cuando hayamos dejado inermes a los piratas, serán solamente unos hombres como los demás y su imperio se caerá por sí solo.

Burns corrió hacia uno de los aeromóviles y marcó unas cifras al azar. Luego repitió la operación en los restantes, cuatro más en total. Arvinia, por indicación suya, le aguardaba en el de Shura. Cuando el joven terminó, corrió a reunirse con ella.

— ¿Qué has hecho? —preguntó la muchacha.

—En seguida lo sabrás.

Burns marcó las cifras del código de Shura y, segundos más tarde, se encendió una luz verde en el tablero de mandos, que indicaba la puesta en marcha de los motores. Inmediatamente, empuñó la única palanca de control y tiró de ella hacia sí.

El aparato se elevó verticalmente. Con aquella palanca, se podía gobernar el vehículo en todos los sentidos, según se moviese. Burns hizo que el aeromóvil ganase un par de cientos de metros de altura.

Repentinamente, Arvinia vio que se producían varias

explosiones seguidas en la terraza de la residencia. Parte del ala de aquel lado saltó en pedazos, con horrísono estruendo.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó.

—El constructor de estos aeromóviles es un tipo listo. Seguramente, no se fiaba de la gente, y tema razón, puesto que se hallaba entre piratas y ladrones. En resumidas cuentas, si uno quiere robar un vehículo y no conoce el código, no podrá llevarse el aparato. Pero, si a pesar de todo, marca una cifra equivocada, al cabo de un minuto, los motores explotan.

—Entiendo. De todos modos, creo que deberíamos habernos marchado sin esta especie de aviso.

—Es lo mismo. No tardarán mucho en saber que nos hemos escapado. Pero de esta manera, les hacemos saber que estamos dispuestos a luchar hasta el final —contestó Burns resueltamente.

Todavía se produjo una explosión más y la llamarada alcanzó a gran distancia. Burns manejó los controles y el vehículo se lanzó hacia adelante a toda velocidad.

* * *

Un cuarto de hora más tarde, saltaban a tierra, en las proximidades de la colosal torre, cuya base no medía menos de cien metros por lado. Dos hombres se destacaron de la oscuridad.

— ¿Marty? —dijo Flandry.

—Sí, profesor. Arvinia está también aquí, conmigo.

—Felicidades, muchacho. Veo que no te ha sido difícil rescatarla.

—No, no me costó demasiado. Arvinia, te presento al capitán Swan, otro hombre de mi siglo. Jack, ella es Arvinia Zydon, pensadora.

Swan arqueó las cejas.

— ¿Es ése un oficio del siglo veintiocho? —preguntó, mientras estrechaba la mano de la joven.

—Del siglo treinta, capitán —corrigió ella riendo—. Pero no se vaya a creer que es la única cosa que sé hacer.

Swan miró a Burns.

—Y pensar que esta encantadora chiquilla tardará todavía setecientos años en nacer…

—Está bien, dejémonos de cortesías —exclamó Flandry—. Vamos a lo nuestro. Es preciso poner en práctica el plan y acabar con los bárbaros lo más pronto posible.

—Hay decenas de millares, profesor —objetó Swan.

—Los harndoritas consiguieron la colaboración de hombres de ciencia, de agrado o por fuerza, y crearon su propia civilización, bastante adelantada en algunos aspectos, todo hay que reconocerlo —contestó Flandry—. Pero lo que han hecho, en realidad, es fabricar un gigante con pies de barro. En resumen, han fiado demasiado en un solo elemento producción de energía, y como, hasta ahora les ha ido bien y no han tenido jamás la menor dificultad, no se han preocupado de buscar otra alternativa. Cuando hayamos terminado con ellos, capitán Swan, créame, van a tener que alumbrarse con velas y sus naves podrán moverse con la misma facilidad que una piedra tirada en el suelo.

—Debe de ser un plan muy bueno —dijo el aludido, que no lo conocía con demasiados detalles, ya que Burns no había querido confiarse demasiado con él durante las horas que habían permanecido encerrados.

El joven había llegado a pensar que tal vez Swan era un pirata puesto en el calabozo, para conseguir sonsacarle sus propósitos. No había sido así, de lo cual se alegraba, pero tampoco lamentaba haber tomado tales precauciones.

—Lo es —contestó el profesor—. En resumidas cuentas, se trata de lo siguiente: Aquí, en Harndor, toda la energía, absolutamente, es de origen solar. No hay siquiera una minúscula central movida por una turbina hidráulica ni tampoco por carbón. Todo, repito, procede de la energía del sol de Harndor, que captan y distribuyen cinco torres como la que tenemos a la vista.

Swan levantó los ojos hacia lo alto. Arriba, a seiscientos metros de distancia, se divisaban algunas lámparas que señalaban el final de la torre, al objeto de evitar posibles colisiones de los aeromóviles que pudieran volar por la noche.

—No será fácil volar una torre de estas dimensiones —objetó, receloso.

—Con los explosivos convencionales, no, desde luego —respondió el profesor—. Pero yo he preparado uno de excepcional potencia, el DPN, y podremos destruir las torres sin demasiados problemas. Con una sola carga por torre, tendremos más que suficiente.

— ¿DPN? —repitió Arvinia, intrigada—. ¿Qué significa esas iniciales, profesor?

—Dinamita paranuclear —contestó Flandry—. Su potencia de deflagración es de mil veces superior a la de la dinamita convencional. Le di el calificativo de paranuclear, no porque tenga algo que ver con la fisión del átomo, sino por su potencia expansiva.

—Bueno, que me aspen... —resopló Swan—. Con un kilo de DPN, tendremos el equivalente de una tonelada de dinamita corriente.

—Exacto —confirmó el profesor—. He preparado cinco cargas de cinco kilos cada una, de modo que, cuando hayan explotado, las torres se convertirán en sendos montones de chatarra.

—Muy bien —dijo el terrestre—. Y, ¿cuándo empiezan los fuegos artificiales?

—Eso queda de mi cuenta, Jack —intervino el joven—. Tú te llevarás al profesor y a Arvinia a tu nave, despegarás y me aguardarás, arriba, en el espacio. Luego, yo me reuniré con vosotros y llevaré las cintas que nos permitirán la travesía de los torbellinos.

—Yo tengo una grabación, recuérdalo, Marty —dijo Flandry.

—Sí, pero es una grabación de una sola trayectoria: de Harndor a Harabit, del siglo veintiocho al treinta y viceversa, pero nada más. Yo sé dónde hay unas grabaciones que nos permitirán salir a cualquier parte y cualquier época.

—Diríase que quiere volver al siglo veintitrés —exclamó Arvinia tensamente.

Burns se volvió hacia ella y la miró un instante. Pero no dijo nada al respecto.

—Profesor, hagan lo que les he dicho —manifestó—. Dejen que yo me ocupe de volar las torres de energía solar.

Entregó una pistola de luz sólida a Swan.

—Es posible que tu nave esté vigilada. Aparta todos los obstáculos, al precio que sea. Pero hazlo, en todo caso, antes de que se produzcan las voladuras.

—De acuerdo, Marty —contestó Swan—. Vamos, profesor... Señorita...

Arvinia volvió a mirar al joven. Burns le dirigió una cálida sonrisa.

—Espéreme —dijo solamente.

Los dos hombres y la muchacha embarcaron en el aeromóvil que Flandry había conseguido mediante el soborno. Cuando el aparato despegaba, Swan dijo:

—A pesar de todo, cuando las torres hayan sido destruidas, quedarán miles de piratas...

—Que no podrán hacer nada, porque habrán quedado desarmados —dijo el profesor.

Swan agitó la pistola que tenía en la mano.

—Les quedan estas armas —alegó.

—Funcionar por energía solar. Sin esa energía, son tan dañinas como un plátano maduro.

—Entonces, por eso dijo Marty que usara el arma antes de las explosiones.

—Exactamente, capitán.

Arvinia no decía una sola palabra. Con ojos tristes, miraba hacia el suelo, sin poder ver al hombre que, sospechaba, pronto partiría hacia su planeta y hacia su época, siete siglos atrás. Y no volvería a verlo nunca más, se dijo tristemente.

# CAPITULO XII

El pirata se paseaba perezosamente al pie de la escotilla de acceso a la nave. De pronto, sintió un terrible golpe en la cabeza y cayó al suelo sin sentido.

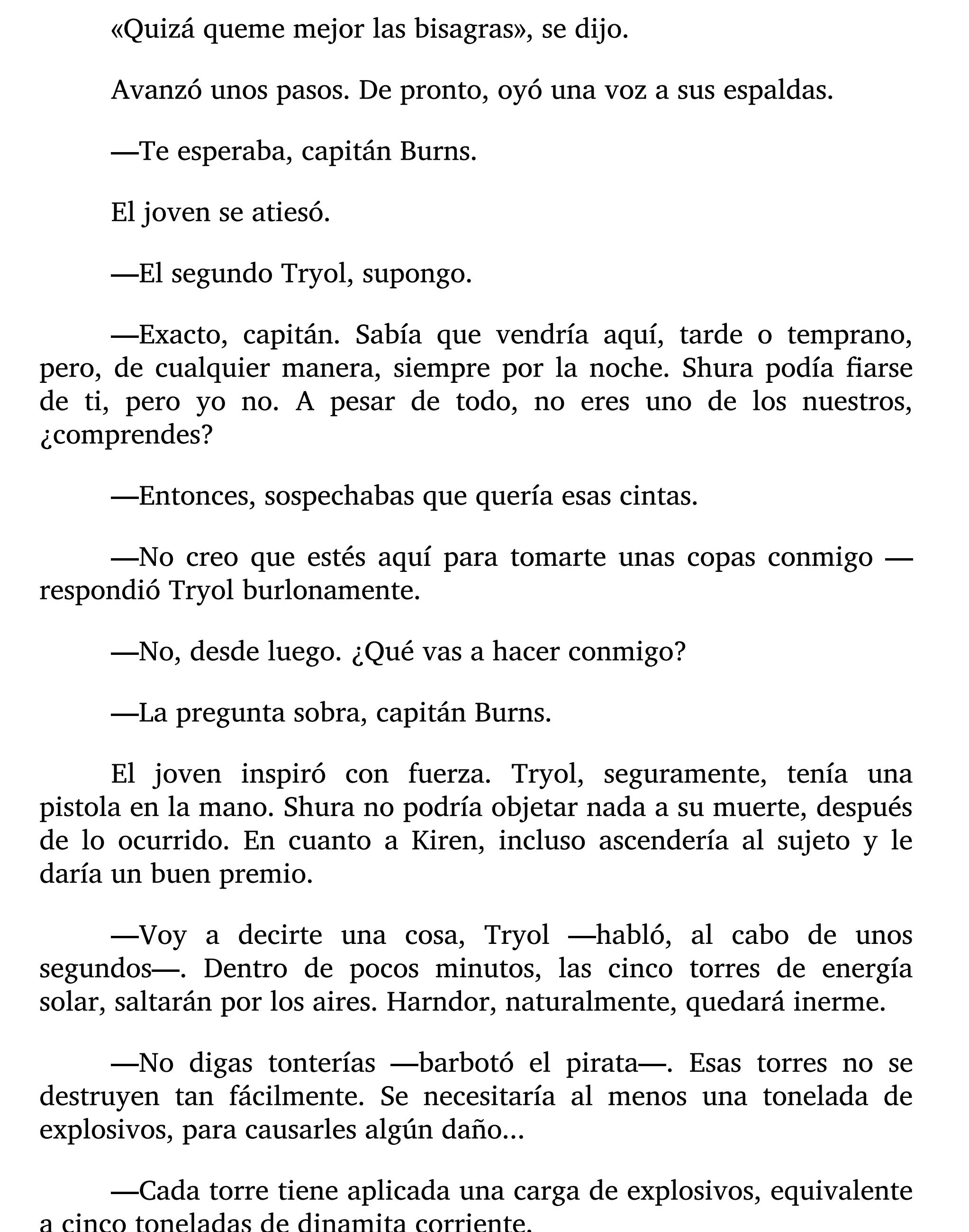
Burns se inclinó sobre él y le quitó la pistola de luz sólida, que arrojó a un lado. Luego trepó por la escalerilla y penetró en la nave.

Inmediatamente, se dirigió al cuarto del segundo. Aunque el hombre no se lo había dicho, sabía que él guardaba allí las grabaciones de las órbitas que permitían atravesar los Torbellinos en cualquier rumbo y hacia cualquier época. Era algo de lo que debía apoderarse a toda costa.

El segundo oficial tenía una caja fuerte. Burns la abriría con un par de descargas. O amenazándolo si lo encontraba en su cámara. Pero de ninguna forma pensaba marcharse sin aquellas cintas, cuyo valor no se podía calcular de ninguna manera.

Llegó a la cámara y abrió la puerta. El lugar era bastante espacioso. A fin de cuentas, se trataba del alojamiento del segundo de a bordo.

Al fondo, divisó la caja fuerte, de sencilla apariencia, pero que no podría abrir sin conocer la combinación o quemando la cerradura.



«Quizá queme mejor las bisagras», se dijo.

Avanzó unos pasos. De pronto, oyó una voz a sus espaldas.

—Te esperaba, capitán Burns.

El joven se atiesó.

—El segundo Tryol, supongo.

—Exacto, capitán. Sabía que vendría aquí, tarde o temprano, pero, de cualquier manera, siempre por la noche. Shura podía fiarse de ti, pero yo no. A pesar de todo, no eres uno de los nuestros, ¿comprendes?

—Entonces, sospechabas que quería esas cintas.

—No creo que estés aquí para tomarte unas copas conmigo —respondió Tryol burlonamente.

—No, desde luego. ¿Qué vas a hacer conmigo?

—La pregunta sobra, capitán Burns.

El joven inspiró con fuerza. Tryol, seguramente, tenía una pistola en la mano. Shura no podría objetar nada a su muerte, después de lo ocurrido. En cuanto a Kiren, incluso ascendería al sujeto y le daría un buen premio.

—Voy a decirte una cosa, Tryol —habló, al cabo de unos segundos—. Dentro de pocos minutos, las cinco torres de energía solar, saltarán por los aires. Harndor, naturalmente, quedará inerme.

—No digas tonterías —barbotó el pirata—. Esas torres no se destruyen tan fácilmente. Se necesitaría al menos una tonelada de explosivos, para causarles algún daño…

—Cada torre tiene aplicada una carga de explosivos, equivalente a cinco toneladas de dinamita corriente.

Hubo un instante de silencio. Luego, Tryol lanzó un rugido:

— ¡No te creo! Tratas de burlarte de mí…

Burns adivinó que el otro estaba a punto de perder los estribos y se tiró velozmente a un lado, a la vez que giraba sobre sí mismo.

Sorprendido, Tryol tardó un segundo en reaccionar. Cuando quiso disparar, era ya tarde.

Burns se incorporó, arrugando la nariz.

—Qué olor tan espantoso... —se quejó, mientras contemplaba el montón de carne ennegrecida en que se había convertido el segundo.

Luego volvió los ojos hacia la caja fuerte.

—Bueno, ahora te ha tocado a ti el turno —murmuró.

* * *

Cuando tuvo las cintas en su poder, las metió en una bolsa que había llevado a prevención y corrió hacia el puente. Había concebido una idea y pensaba llevarla a la práctica.

Accionó la tecla de contacto y las luces del cuadro de mandos se encendieron inmediatamente. Una tras otra, fueron indicando el perfecto funcionamiento de todos los mecanismos. Cuando todas las lámparas tomaron color verde, Burns supo que la nave podía ponerse en movimiento.

Empezó a elevarse. En el mismo instante, vio que se encendía la lámpara del videófono y lo puso en funcionamiento.

El rostro de Shura apareció de inmediato en la pantalla.

—Capitán Tryol...

—Lo siento, hermosa; soy Marty —sonrió el joven.

— ¡Marty!—aulló la pelirroja—. ¿Qué haces ahí?

—Ya lo ves. Me he apoderado de esta nave. Lo siento por Tryol, pero no he tenido otro remedio que matarlo.

—Haré que te despellejen vivo...

—No, Shura, estás muy equivocada. El imperio de crueldad y depravación que fundasteis hace muchos años, está a punto de extinguirse. Y habéis confiado demasiado en vuestras propias fuerzas;

os habéis creído infinitamente superiores a todos, pero vuestro mismo orgullo os ha hecho ser tan débiles como chiquillos, pese a vuestra aparente fortaleza.

—Vas a ejecutar una matanza en masa —exclamó Shura, aterrada.

—No, en absoluto. Las muertes serán mínimas, si acaso se producen algunas. Pero, insisto, quedaréis inermes y ya no podréis salir al espacio, para robar y asesinar a la gente, y traer esclavos a vuestras minas y vuestras factorías. Los deportados regresarán a sus hogares y a vosotros se os confinará en Harndor, y se prohibirá que salgáis del planeta bajo pena de muerte.

—Ha habido traidores entre nosotros —rugió ella.

—También los había en Harabit. ¿De qué te quejas, pues? ¿Acaso pensaste alguna vez que, entre decenas de miles de piratas, no habría alguno que pudiera flaquear?

—Está bien, encontraremos a esos traidores...

—No os queda ya mucho tiempo, Shura —Burns echó un vistazo a su reloj. Faltaban escasamente dos minutos para que las cinco explosiones se produjeran simultáneamente—. Todo intento de resistencia es ya inútil —añadió—. El fin se aproxima y ni tú ni nadie podréis evitarlo.

—Tenemos todavía numerosas naves. ¡Haré que os persigan! —gritó ella descompuestamente.

Burns consultó el altímetro. Estaba ya a unos doce mil metros de distancia del suelo y juzgó que había llegado el momento de pasar a la acción.

—Esas naves no podrán despegar —aseguró—. Como ésta, como todas las vuestras, dependen de la energía solar para separarse del suelo y sólo cuando están en el espacio, pueden captar en sus receptores la energía solar, sin tener que depender de las torres que la reciben y distribuyen en la superficie del planeta. ¿Lo has entendido ahora?

Shura se puso lívida.

—Vas a destruir esas torres —adivinó.

—Si sabes lo que es una vela, empieza a buscar alguna, porque antes de un minuto, ésa será vuestra única fuente de luz durante la noche —contestó el joven—. Adiós, Shura —se despidió.

Cortó la comunicación y trazó un rumbo en la computadora de gobierno de la nave. Luego echó a correr hacia una de las escotillas de emergencia de la nave. Treinta segundos después, era lanzado al espacio en el interior de una burbuja de salvamento.

* * *

La nave invirtió su rumbo y puso proa hacia tierra, acelerando gradualmente su velocidad a cada segundo que transcurría. Desde una distancia segura, Burns contempló un singular espectáculo.

La noche fue rasgada repentinamente por cinco colosales fogonazos. Las llamaradas de las explosiones alcanzaron miles de metros de altura.

Cada torre tenía una estructura sustentada por cuatro patas de enormes dimensiones, que constituían la base. Cinco de aquellas patas desaparecieron instantáneamente, fundidas en fracciones de segundos por la incalculable potencia de la deflagración.

Pero la DPN tenía la potencia suficiente para dañar seriamente el resto de la estructura de la base. Con horribles crujidos, las torres se inclinaron y empezaron a caer.

Los estallidos habían destruido numerosos edificios de las inmediaciones. La gente salió de sus casas y corrió despavorida.

Todas las luces de la ciudad se habían apagado instantáneamente. Los piratas ya no podían contar más que con la fuerza de sus manos.

Una tras otra, las torres cayeron y se estrellaron contra el suelo, destrozándose de forma absolutamente irreparable. El plan de Flandry, pensó Burns, había tenido un éxito total.

Mientras, la nave continuaba su descenso. En la residencia,

Shura oyó las explosiones y vio que todas las luces se extinguían de golpe.

Entonces comprendió la burlona indicación del joven. Pero no tenía ninguna vela a mano.

La puerta de su habitación se abrió de pronto.

— ¡Shura! —gritó Kiren.

Ella se volvió.

—Estoy aquí, Palstro...

Kiren avanzó hacia ella.

— ¿Te das cuenta de lo que ha pasado? ¿Sabes cuál es nuestra situación?

—Lo sé perfectamente, Palstro.

—Todo ha ocurrido por tu culpa. Te empeñaste en salvar a ese maldito Burns...

—Palstro, los reproches ya no sirven de nada. Estamos derrotados, eso es lo que cuenta.

—Todavía podemos hacer algo...

—No seas imbécil. Nuestras naves no pueden despegar sin energía solar. En estos momentos, sólo son montones de metal, tan inútiles como papel mojado. Pasará mucho tiempo antes de que podamos ponerlas de nuevo en funcionamiento, créeme. Tú te quejas de mi comportamiento con Burns, pero olvidas que siempre te pedía que buscases otra fuente alternativa de energía, tú decías que así estaba ya bien y... Kiren sacó una pistola.

—Puede que tengas razón, pero eso no fue lo que nos causó la derrota. Sólo una estúpida como tú podía confiar en un tipo de la clase de Burns, y eso es algo que merece la muerte.

Shura sacó el pecho.

—Adelante, si quieres matarme —dijo—. Pero de nada te servirá. Tú también vas a morir, Palstro.

Señaló hacia la ventana. Kiren miró hacia allí y lanzó un alarido

de terror.

La silueta de la nave que descendía a toda velocidad, se agrandó rapidísimamente. Kiren, lleno de pánico, dio media vuelta y trató de escapar a la catástrofe.

Shura se volvió y cruzó los brazos bajo el pecho. Durante una milésima de segundo, divisó la proa de la nave a cien metros escasos de distancia. Luego sus ojos se cegaron por el último fogonazo que veía en su vida.

Desde la burbuja, Burns vio la explosión. La nave y el edificio saltaron en pedazos, que llegaron a enormes distancias. Luego, la oscuridad volvió a la superficie de Harndor.

* * *

Burns terminó de hacer los últimos ajustes y luego se volvió hacia Swan. .

—Ahora podrás volver a la Tierra y a tu época sin dificultades, Jack —anunció, satisfecho—. Te he instalado una computadora de gobierno, construida en el siglo veintiocho, pero su manejo no es más difícil que una de las de nuestro siglo.

Swan asintió.

—Tú te quedas, supongo —dijo.

Burns asintió.

—Sí, me quedo en el siglo treinta. Naufragué a setecientos años de mi tiempo, en el futuro, y esa isla desierta a la cual llegué, me gusta y no quiero volver a casa.

—Arvinia, supongo, tiene mucho que ver con tu decisión.

—Tiene que ver todo, Jack.

—Comprendo —Swan meneó la cabeza—. Si yo fuese soltero, también me quedaría en Harabit.

—Vuelve a casa, con tu mujer y tus hijos, Jack.

—Sí, desde luego.

—A nosotros nos queda todavía mucho trabajo por hacer. Es preciso repatriar a los deportados, estudiar la forma de evitar que los piratas vuelvan a abandonar Harndor... Pero, eso también significa que en Harabit se podrá vivir en paz a partir de ahora.

—Desde luego, Marty.

—Yo gobernaré la nave para el regreso a Harabit. Si te i quieres quedar algunos días para conocer cómo es un planeta I setecientos años después de tu época, puedes quedarte sin dificultad. Luego podrás volver a casa.

—Eso es lo que haré —contestó Swan.

—Ah, una cosa, por favor. No digas a nadie que has estado en el siglo treinta, ¿eh?

Swan se echó a reír.

—No tengo ganas de que me encierren en un manicomio. —contestó—. Apenas haya puesto el pie en suelo terrestre, I destruiré esa computadora.

—Hazlo mejor en el espacio, antes de aterrizar. Quizá de otro modo tengas que dar explicaciones. :

—Sí, la arrojaré al espacio, cuando tenga la Tierra a la vista.

Burns sonrió y estrechó la mano de su amigo. —Bueno, ahora tengo que hacer algo muy importante, i Jack. Me dispensas, ¿verdad? —Claro, nombre.

El joven dio media vuelta y se encaminó a un camarote. Llamó a la puerta y esperó a que le diesen permiso para entrar.

—Adelante —dijo Arvinia.

Burns abrió la puerta. Ella estaba sentada en la litera y le miró fijamente.

—Arvinia, deja de pensar —dijo él.

—La mente no descansa nunca, Marty —contestó la muchacha.

—Bueno, yo quería decir que... Tú ya me entiendes, ¿no?

—Quieres que piense en algo muy particular. ¿Qué es, Marty?

—Llegué al siglo treinta como náufrago procedente de una época setecientos años más atrasada. No tengo el menor interés en regresar a mi tiempo ni a mi casa. ¿Crees que puedo quedarme en Harabit?

—Después de lo que has hecho por nosotros, ¿quién te lo negaría?

—Pero lo que yo quiero saber es lo que tú piensas al respecto. ¿Puedo quedarme para siempre… a tu lado?

Arvinia sonrió y le tendió la mano.

—Ven a mi lado… para siempre —contestó.

**F I N**

PUNTO ROJO

intriga...

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO

ISBN 84-02-02525-0




EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España